

Revista de Educación

(OCTUBRE - DICIEMBRE 1957)

REVISTA DE EDUCACIÓN

E. BALLESTER O'RYAN	Resurgimiento de las literaturas célticas
J. DUCHEMIN	La mística del oro, de la luz y de los colores
GERMÁN GARCÍA	Sarmiento, el libro y la biblioteca
ELENA Y PLÁCIDO A. HORAS	Vida intelectual del adolescente
RAÚL JORGE LLANO	Observaciones biológicas de insectos bonaerenses
LEONIDAS DE VEDIA	Antigüedad de la crítica literaria francesa
GREGORIO WEINBERG	Juan María Gutiérrez

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

J. A. VIGNA, *Acción educadora de A. Jacques*. G. GUILBAUD, *La cibernética*. J. OHANA, *Solipsismo e Incomprensión*. CH. MOREAU - VAUTHIER, *Los colores según las épocas*. JACQUES NICOLLE, *La noción de simetría en las artes*. N. TAVELLA, *Problemas de la escuela media*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

J. H. S. DE AGUILAR, *Aptitud escolar y aptitud social*. R. BENCHETRIT, *La clase y las expresiones*. ALBERTO S. C. FAVA, *Una visita a la Universidad de Nebraska*. M. DEBESSE, *Introspección juvenil*. GLADIS M. DE ECHAVARRÍA, *Bandas rítmicas*. W. S. GRAY, *Métodos de enseñanza de la lectura*. EVE BENASSO, *La música en la educación infantil*.

LECTURAS

E. ECHEVERRÍA, *Fragmento biográfico*. H. BURMEISTER, *Viaje por la Argentina*. H. TROYAT, *La prestidigitación*. A. DAUDET, *El molino*. J. B. PRIESTLEY, *Floración*.

LENGUAJE Y ESTILO

B. R. ENRÍQUEZ, *Los verbos ser y estar*. JULIO CASARES, *Apogeo y decadencia del modismo*. R. J. CUERVO, *Uso impropio de algunas formas verbales*. C. ORLANDI, *Formas plurales*.

LIBROS Y REVISTAS

F. BUFFIERE, *Los mitos de Homero y el pensamiento griego*. B. BERENSON, *Estética e Historia en las artes visuales*. A. P. G. DE REGGIARDO, *Dos aportes a la historia de las ideas pedagógicas*. W. H. KILPATRICK, *Filosofía de la educación*. REVISTAS: *Psicoanálisis*, *Presencia del latín*, *El cociente máximo como medida de la potencialidad intelectual*, *El arte abstracto*, *Alborada del Duque Job*.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

E. GIRARDEAU, *La geometría*. H. E. GUZNICZAK, *El muchacho de la ciudad que se hizo maestro rural*. LUCILO ORIZ, *La poesía mejicana moderna*. M. T. MAIORANA, *Exposición Van Gogh*.

CRÓNICA

RICARDO CASAL, *Soledad y Poesía*. W. HOWELLS, *El lenguaje*. S. MERLINO, *El idioma*. J. M. COTTA, *El árbol en la pampa*.



INTERVENTOR NACIONAL EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Coronel don EMILIO A. BONNECARRERE

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Doña ELENA A. ZARA DE DECURGEZ

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Don GUILLERMO A. NAVEIRO

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Octubre de 1957

Año II, Nº 10 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

El resurgimiento de las literaturas célticas

El último de los Ollamh o jefe de los poetas de Irlanda citado por los anales irlandeses llamados de Los Cuatro Maestros, es Eoghan Mac an Bhaird, muerto en 1609. Su apellido, que significa literalmente hijo del bardo, prueba que descendía de una familia de poetas profesionales. La jefatura de los poetas que pertenecían al poderoso clan O'Donnell, jefes de Tir Chonaill en el Ulster, había pertenecido a los antepasados de Eoghan, probablemente desde el siglo décimocuarto. Cuando Rory O'Donnell, el último jefe de Tir Chonaill abandonó Irlanda en 1607, se extinguió la dignidad de Ollamh. Mac an Bhaird acompañó a los fugitivos Condes de Tyrone (O'Neill) y de Tírconnell (O'Donnell) a Roma en el mismo año y allí fué testigo de la muerte de su querido jefe y patrón en julio de 1608. En este patético acontecimiento vislumbró el fin de su propia orden; y dando voz a sus sentimientos, el desconsolado poeta se dirige a Nuala, hermana del Conde Rory, a la cual describe en su poema llorando, loca de congoja y de pena, sobre la tumba de su hermano, en la iglesia franciscana de San Pietro di Montorio, en un tono de dolor tan pleno de conmovedor sentimiento que merece lo coloquemos entre los nobles monumentos de la literatura elegíaca.

Este emotivo poema, escrito en idioma gaélico, que relata la agonía de la sufriente y guerrera raza de Mile, antepasado mítico de los gaelos, a través de su apasionada melodía, inspiró al más grande de los modernos bardos irlandeses que escribieron en inglés, James Clarence Mangan, que publicó una hermosa versión inglesa

er el *Irish Penny Journal*, en octubre de 1840, con el título de *Oh Woman of de Piercing Wail* (Oh mujer del penetrante gemido).

Aunque el viejo orden gaélico de Irlanda puede decirse que murió después de la batalla de Kinsale en el año 1601, el idioma irlandés continuó hablándose en toda Irlanda hasta que las grandes hambres de 1846-47 despoblaron la isla. El número de los irlandeses que hablaban su idioma disminuyó de cuatro millones a un millón y medio. Según el censo de 1891, 66.130 personas conocían el irlandés solamente, tres cuartos de millón eran bilingües; el resto sólo sabía el inglés. La política de la metrópoli, la del «Board of National Education», sostenida por abundantes subsidios, trabajaba afanosamente para eliminar el gaélico. Se veía a los maestros de escuela dar clase en inglés a niños que no conocían una palabra de esta lengua. La lengua y la literatura del país marchaban rápidamente a la desaparición, hasta que el primer ministro Asquith presentó su proyecto que restituía a Irlanda la autonomía política y administrativa. Las dos cámaras votaron el Bill en 1914, pero estalló la gran guerra y no pudo ser aplicado. Cuando en enero de 1919, el Dáil proclamó la independencia irlandesa, el actual renacimiento de la lengua y literatura irlandesa se hizo posible.

El siglo XVII vió nacer una larga querrela literaria entre los bardos, llamada *Iomarbhagh na bh Fileadh* (La disputa de los poetas) que duró diez años e inspiró más de siete mil versos. Su causa fué genealógica, se trataba de oponer las familias reales del Norte a las familias reales del Sur. Parecía que la vieja Irlanda renaciera para alentar a sus hijos desgraciados, fugitivos, expoliados, predicándoles fe y confianza en el futuro, porque era mediante la poesía que los irlandeses del siglo XVIII se evadían del presente y se consolaban de su desgracia. El último de los bardos fué Turlough O'Carolan. Nació

en 1670 y murió en 1738. Era ciego y cantaba acompañándose del arpa. Su muerte, hondamente sentida, fué un duelo nacional. En la provincia de Muster, famosa por sus vates, florecieron en el siglo XVIII poetas que escribieron en gaélico bellísimos poemas muy adjetivados y líricos como brotados del estro céltico.

Las obras en idioma gaélico no representan más que una mitad de la literatura irlandesa. La otra la forman las obras escritas en lengua inglesa. Podemos citar nombres ilustres que han hecho de Irlanda uno de los más luminosos focos de la literatura inglesa: Swift, Sheridan, Mary Edgeworth, Thomas Moore, William Carleton, Samuel Ferguson, Singe, Bernard Shaw, James Joyce, Liam O'Flaherty. Yeats, hijo de un pintor, nació cerca de Dublín en 1865 y murió en 1939. En 1924 recibió el Premio Nobel. Logró en sus bellos poemas dar a la lengua inglesa el colorido y la musicalidad del idioma gaélico. Encarnó en las formas modernas el espiritual lirismo de una raza que en las más humildes cosas sabe hallar el soplo quedo y divino, descubre la vida y engendra maravilla.

Las literaturas célticas antiguas se caracterizan por su imaginación profusa, fantasía exuberante, propensión a lo prodigioso y arriesgadas y singulares aventuras. A la vera de estas prendas admirables, surgen la nota de fino humor festivo, la justa frase, la definición precisa. El trágico hálito del drama vive en sus estrofas que rememoran visiones de combates, de lucha, de violencia, de pasiones fuertes y de venganzas seculares, sangrientas, por ofensas antiguas no olvidadas. El realismo desnudo de la vida es el arte genial de los artistas célticos, maestros en plasmar lo terrible y vital, lo fatal e irremediable, la ilógica simplicidad victoriosa de la vida. Crudeza sin sofisticaciones hipócritas, el alma libre de amaneramientos, de artilugio, de prejuicios, de inhibiciones milenarias.

Si las obras del pensamiento céltico de edades pasadas unen lo irreal a lo palpable por acción de un sentir poé-

tico y altanero de las virtudes caballerescas y guerreras de la raza, las modernas muestran, junto con un idealismo sensible, un desprecio profundo hacia lo convencional y egoísta y un odio agresivo contra las sociedades sin vida, materialistas, anquilosadas y burguesas. El gran dramaturgo contemporáneo Eugenio O'Neill, cuyo genio lleva la impronta céltica, manifiesta en sus obras esa cualidad artística de su raza, tonalidades todas de una influencia lírica virilmente patética, cuyas reminiscencias se perciben como antorcha perenne del genio céltico. Voz de tonos profundos; su apagada fortaleza parece un susurro del más allá.

La rapidez de pensamiento, la agilidad mental, la alegría intensa de vivir son propias de esta progenie: ama más que ninguna el movimiento, el ruido, el vehemente goce del tiempo que escapa para no volver y el trajín constante y movido de una vida activa y batalladora. Por extraño y peregrino contraste comprende también la música singular de las magnas soledades, que deleita a los sensitivos y aman los poetas, los visionarios, los iluminados y los santos. La paradoja, el juego de palabras que lanza la idea y la desgaja, la frase satírica y burlona, la ocurrencia feliz, el hallar en lo sombrío y vedado una belleza escondida, son asimismo patrimonio de su carácter. Leyendo el *Ulises* de Joyce, encontramos el humor y la paradoja unidos para dar vida a la sentencia humorística, rara y de justa belleza.

Bernard Shaw en sus múltiples obras, juega con el vocablo y lo alinea en oraciones de punzante y paradójal ironía. Su acerada mordacidad, plena de cáustico ingenio, descubre esa réplica pronta y aplastante que es una de las manifestaciones notables de la idiosincrasia céltica.

En la espiritual Francia perdura el genio céltico. Henry Hubert en su interesante estudio de la civilización céltica afirma que alienta en los historiadores que «desde San Gregorio de Tours pasando por los monjes de San Dio-

nisio han hecho de la historia de Francia la más bella narración dramática del mundo». Quiera Dios que con su clara y poética luz ilumine el camino aún brumoso que conduce al despertar de la Francia moderna.

La influencia céltica se destaca en la pieza de Jean Giraudoux, *Ondine*. En ella el espíritu de las aguas de un lago, transformado en mujer, se enamora de un hombre. Los celtas adoraron a los ríos, a las fuentes y a los lagos. Ninue, la dama del lago que hechizó a Merlin con sus embelesos femeniles, la bella ninfa de ojos verdes como las aguas de su lago nativo, resurge otra vez en la obra del poeta francés, porque el espíritu céltico de los antiguos galos vive y perdura en su patria latiendo al unísono del corazón francés. Desde el fondo remoto del vibrante pasado de Francia la luz de los celtas exalta la gloria de sus guerreros y alumbra la inspiración de sus poetas.

Jean Cocteau en su libro *La bella y la bestia* muestra la fase dramática en una narración fantástica de belleza sublime. Algo profundamente misterioso y céltico, pleno de maravilla, brota de su novela: el castillo solitario y encantado, la alba flor, los brazos movientes y tronchados que sostienen los candelabros, el espejo mágico, las puertas que se abren por sí mismas, el corcel blanco que entiende la palabra secreta, el príncipe convertido en bestia, poseedor de un alma sensitiva que padece y sufre las penas del amor, y la mujer que lo comprende y lo sostiene en sus crisis terribles y que lo querrá con honda ternura. Esa varonil prestancia volverá al príncipe de corazón puro, a quien el sino regido por un hada perversa trastocara en bestia, y el que fuera apuesto novio de Blanca morirá traspasado por la pétrea flecha del guardián de mármol cuando se disponía a robar el tesoro del palacio y su afán de lucro lo había transformado en bestia.

El clima de la novela está realizado por el sortilegio de lo imaginario, fantástico y arcano. Obra feérica, nutrida de encantamiento y acunada al son de míticos cánticos.

Los celtas son los modernos herederos de la antorcha griega, cuya luminosidad supieron captar con la flexibilidad de su inteligencia adquisitiva y poética. Ante un mundo formado a la imagen de la Roma codificadora y estatal, les incumbe mantener en alto el legado helénico: clara luz hecha de tolerancia, pensamiento, creación, vitalidad y sentimiento.

EUSEBIO BALLESTER O'RYAN.

La mística del oro, de la luz y de los colores

Antes de emprender el estudio general de la imaginación pindárica, conviene poner aparte un grupo de importancia considerable: oro, colores cálidos, brillo luminoso. Innumerables son, en efecto, los pasajes en que el poeta nimba su expresión con todo el brillo de los astros o con la luz del día. Si hubiese traído a Hierón —dice Píndaro— la salud, me hubiese presentado más radiante que un astro del cielo (*Pyth.* III.75-6). Y cuando describe la opulencia y la dicha que ella procura, lo hace con términos de inigualable brillo: *astro deslumbrante, resplandor sin tacha en el hombre* (*Ol.* II.61-2). En cada caso se destaca la acumulación de los términos que evocan expresamente el astro y su lumbre, para agregar, en ciertas ocasiones, la idea del brillo que se ve de lejos. Sería menester citar prolijamente el espléndido comienzo de la *Olímpica* I: *Lo más insigne es el agua; pero el oro (como) lumbre de un fuego que se enciende en la noche, vence toda la orgullosa opulencia...*

Al brillo del sol el poeta une aquí el de los astros y el resplandor del fuego en la noche, a los que se suman los reflejos preciosos del oro. Si quisiéramos enumerar los términos usados por Píndaro para evocar el brillo, sería menester colocar junto a sustantivos como *phéggos*, *pháos*, *crugé*, muchos adjetivos como *phaidrós*, *phaídimos*, *phanerós*, *aglaós*, y verbos como *phlégein*, *lámpein*, etc., sin olvidar *phaínein* y todos sus compuestos. (Todos estos términos comportan la significación de *brillo, luz, resplandor*).

A las palabras que evocan la luz y el brillo, es menester unir todas las que designan atributos divinos u objetos que proceden de los dioses. Los epítetos de naturaleza,

formados con el sustantivo *khrysós* (oro), son tan frecuentes en Píndaro que al fin, como en Homero, pasan inadvertidos. ¿Significa esto que carecen de valor? ¿No es más bien una deficiencia nuestra, si no prestamos la debida atención? El epíteto «el del arco de oro» aplicado a Apolo, o que Artemisa haga perecer a las mujeres «con flechas de oro», puede parecernos sin importancia; que las Musas y las Horas reciban unas y otras el epíteto «de la diadema de oro» no suele hacernos detener ante el pasaje. Sin embargo, podríamos asombrarnos de que Láque-sis, una de las Moiras, sea calificada con el mismo adjetivo (*Ol.* VII.64). Asimismo podemos confrontar este epíteto con el que Píndaro aplica a Mnemosyne (*Nem.* VI.15), llamándola «la de brillante diadema». Notaremos además, que ese adjetivo no siempre va solo, y que toma un valor particular por asociación de la idea de luz y de abundancia en la expresión «las Horas de diademas de oro y de esplendorosos frutos» (fr. 1 de los *Himnos*). De este modo nos vemos llevados a pensar que la evocación del oro, en estos ejemplos y en muchos otros no está, necesariamente, estereotipada. El empleo frecuente de tantos epítetos, llamados «de naturaleza», formados sobre *khrysós* (oro), retoma entonces a nuestros ojos el valor que sin duda no debió perder nunca.

No es ninguna novedad, en efecto, el destacar la extrema importancia del oro en las evocaciones pindáricas. Hemos citado más arriba el flamígero comienzo de la *Olímpica* I. Es preciso confrontar con él, pues la analogía es grande entre los dos textos, los versos 42-3 de la *Olímpica* III: *Si el agua es lo más insignie, y el oro lo más noble entre las riquezas...* procurando eximir a Píndaro del reproche de venalidad, esgrimido por doquiera, con bastante ligereza... No creemos de ningún modo que cuando Píndaro introduce el elogio de Olimpia, gloriosa en medio de la Hélade, como el sol en medio del cielo, el poeta haga del oro un equivalente de la riqueza; por el

contrario parece distinguirlo, y quizá podríamos traducir aquel comienzo: «El bien más útil es el agua; pero el oro, semejante a un fuego esplendoroso, difunde su brillo en la noche, y borra la riqueza orgullosa». Los versos siguientes, al evocar el sol, confrontan sin lugar a dudas el brillo del oro con el del astro diurno, según la analogía indiscutible de dos imágenes empleadas para describir el mismo aspecto de un mismo objeto. Lo esencial es aquí la noción de brillo, común denominador del oro y de la luz. El vínculo es tan fuerte a los ojos de Píndaro que aun en los pasajes, muy escasos, en que el poeta parece insinuar ante todo el valor mercantil del oro, la noción de brillo nunca está ausente: así en el «oro que luce en la mano» (*Pyth.* III.55). Y cuando este gran poeta de la vista quiere mostrar que en comparación de la poesía el oro mismo no es nada, evoca también su brillo: «el oro que probado por el fuego no es más que esplendor fulgurante» (*Nem.* IV.81-2).

De hecho, el término *khrysós* (oro) parece haber designado originariamente una noción visual, sin que se pueda determinar con facilidad si ésta era del orden del brillo o del orden del color. Esta raíz, de origen semítico, ha designado quizá en un comienzo el color amarillo. En todo caso, Píndaro asocia muy a menudo la palabra y sus compuestos con otros términos que significan a su vez ya un color cálido —el rojo y el amarillo con sus diversas tonalidades— ya el brillo de la luz. La equivalencia de los adjetivos «amarillo» y «dorado» es corriente en Píndaro, sea que trate de connotar la cabellera de Apolo, sea que se trate de evocar la lluvia de oro que Zeus hizo caer sobre Rodas (*Ol.* VII.49-50). Por lo demás si la noción de color está aquí presente, la de brillo también lo está en otros casos completamente semejantes. Basta recordar la manera con que el poeta evoca los magníficos rizos de Jasón («incendiaban toda su espalda», dice en *Pyth.* IV.83), o con que designa «el vellocino rutilante de franjas de oro»

(*Pyth.* IV.231). Debemos concluir pues que en los ejemplos citados las nociones de color y de brillo van estrechamente asociadas. Ocurre lo mismo cuando el poeta emplea términos más precisos para designar colores, en particular cuando nombra la púrpura y el azafrán. Citemos algunos ejemplos, unos donde el *krókos* (azafrán) aparece solo (el vestido de Jasón, *Pyth.* IV.232, o la cuna de Hércules niño, *Nem.* I.38); otros en que *porphyreos* (de púrpura) va solo (*Pyth.* IV.114 ó 182-3); otros en que se encuentra la asociación del oro y del color amarillo con la púrpura (*Ol.* VI.55; *Threnos* fr. 129), y sobre todo dos ejemplos en que todos los temas y casi todos los términos ya mencionados forman un conjunto: el epodo 2 y sobre todo la antístrofa 3 de la Olímpica VI: «Ella, sin embargo dejando su cinturón escarlata y su urna de plata bajo el soto umbrío dió a luz su hijo divino» (v.39-40); y luego: «Oculto entre las cañas y las malezas impenetrables, las flores de oro y de púrpura inundaban con sus rayos el tierno cuerpo» (v.55-56). Aquí el ciclo está completo, por la presencia de la púrpura, luego por la de *xanthós* que designa el color del oro y por el «azafranado». Resulta curioso confrontar este texto con la descripción que hace Proclo (*Chrest.* art. 26, *Parthenio*) del cortejo de los dafnéforos (portadores de ramas de laurel), con el que se relaciona un importante fragmento de un *Parthenio* de Píndaro (II.fr.94b). El joven dafnéforo está coronado de oro, y el ramo sagrado, llevado junto a él por su pariente más próximo, está adornado, entre otros objetos rituales, con una esfera de la que penden cintas de púrpura y una tela color de azafrán. Aquí es evidente el valor ritual de los colores.

De paso hemos advertido el empleo paralelo, es decir, equivalente de dos raíces para designar el color rojo, la de *porphyra* y la de *phoínix*. Es interesante destacar el uso de esta última. De un valor al principio descriptivo, aplicada al rayo de Zeus, en otras ocasiones se refiere a

una divinidad muy distinta; pero respecto de ella la noción de color no tiene ya razón de ser: «Deméter, la de los pies de púrpura» (*Ol.* VI.94). En este último caso, así como a propósito de las alas del hijo de Boreas (*Pyth.* IV.182-3), nos parece que la idea de color está relegada en el trasfondo, y que subsiste esencialmente el valor místico, asumido por tales términos a causa de su referencia a Zeus y a otros dioses luminosos. Por allí se explica, sin duda, que la raíz *phoínix*, sin perder aparentemente su valor de color, se emplee para expresar la dicha y la prosperidad (*Isthm.* VI.17), al evocar la prosperidad recobrada por los Cleonymidas, o la dicha en la estirpe de Arcesilas, o también en el famoso fragmento de un *Threno* sobre los bienaventurados, donde el color de las rosas púrpuras está asociado al ardiente brillo del sol y al oro de los frutos que cubren las ramas. En todos estos pasajes, una vez más, notamos la mezcla y el vínculo de los temas de la luz, del oro y del color purpúreo. En Bacchylides, contemporáneo de Píndaro, las expresiones formadas con *porphyra* y *phoínix* debían ser, a juzgar por los fragmentos, muy frecuentes. Sólo que junto al empleo tradicional, al modo de Píndaro, algunas expresiones de Bacchylides tienen tal vez un valor pintoresco, puesto que las aplica al pelambre rojizo de los bueyes, así como a la cintura de una diosa. Y como en el caso de los «semidioses de escudos rojizos», epíteto que recuerda el color realmente aplicado a los escudos, el epíteto *porphyrodínan* (purpúreo) referido al río Asopos tiene quizá un valor descriptivo, semejante al «vinoso mar» homérico. Lo mismo se puede decir del brillo de los ojos de Teseo.

A estos tonos brillantes, es preciso agregar el color blanco, el color propio de la luz, con que Píndaro enriquecía también su paleta, evocándolo ya sea por sí mismo, como en el caso del ara resplandeciente, levantada en Rodas en honor de Atenea (*Ol.* VII.42), ya sea como equivalente del rojo flamígero del rayo (*Ol.* VIII.3), pasaje que

debe confrontarse con *Ol.* IX.6. La equivalencia se traduce en ejemplos precisos: así, mientras los caballos magníficos de los antepasados de Jasón (*Pyth.* IV.117), o los de los Cadmeos de antaño (*Pyth.* IX.83) son evocados por el poeta en términos de blancura, las bestias de Amphiraos son llamadas simplemente «caballos brillantes» (*Ol.* VI.14). La isla de Leuke, morada inmortal de Aquiles, es llamada «la isla resplandeciente» (*Nem.* I.49-50), y el áotos (vellocino) de blanca lana que con tanta frecuencia se presenta a la imaginación del poeta suscita un verbo que significa un brillo sin tacha (*Ol.* I.15). Agreguemos que con mucha facilidad se une a la blancura la evocación de la pureza. Ahora bien, esta pureza luminosa parece familiar a Píndaro cuando indica, por ejemplo, las vías sin mácula (*Ol.* VI.23-4) que lo hacen remontar a las fuentes de la raza ilustre de su héroe, o el camino puro de la virtud (*ibíd.* 72-3). Una expresión semejante de luminosa pureza se aplica a la voz de las Cárites (*Pyth.* IX.89-90), cuando el poeta ansía no ser abandonado por ellas.

En todos estos casos el poeta ha sobrepasado ampliamente la preocupación por lo pintoresco. La inspiración se hace aquí cada vez más religiosa. Así como los colores de la púrpura y del azafrán comportan un valor ritual, así la blancura luminosa introduce el poema en un ámbito sagrado. Lo mismo ocurre con el oro y con la luz. Esta impresión resulta particularmente fuerte cuando se une a la contemplación de la belleza, de naturaleza intelectual, un ímpetu mucho más profundo, el que lleva precisamente al ser humano hacia los bienes más insignes, en el gozo de una dichosa esperanza. En la *Pythica* III, dedicada al rey Hierón de Siracusa, el poeta exclama, según lo recordábamos: «Si al llegar le hubiese traído una doble gracia, la salud preciosa como el oro y el himno, decoro de las coronas, me habría presentado más radiante que un astro del cielo».

Asimismo, cuando compone un canto nuevo, su alegría personal se expresa también con términos de un brillo que evoca el vivo gozo de la creación poética: «La Musa permanecía a mi lado, cuando compuse, en su frescura radiante, un modo nuevo de asociar a la cadencia dórica el canto esplendoroso, decoro de la fiesta» (*Ol.* III.4/sgs.).

No se trata de un mero gusto por la imagen sorprendente: hay en ello un ímpetu que brota espontáneamente del corazón. Y si ciertos pasajes, como el brillante comienzo de la Olímpica VIII («Madre de los juegos coronados de oro, Olimpia...») pueden parecer de una magnificencia sin importancia, pensemos que seguramente en tiempos de Píndaro la significación de semejantes epítetos conservaba aún toda su vida. Pensemos también que el poeta tebano ha sobrepasado de un modo singular el uso tradicional de los epítetos de naturaleza: en los primeros versos de la *Olímpica* VI pone delante de nuestros ojos un refulgente cuadro, nimbado por una gloria dorada: «Para sostener el pórtico espléndido, delante del edificio, elevemos estas columnas de oro; hagamos como si construyésemos un palacio magnífico. A la obra que se yergue, es menester darle una fachada que brille a lo lejos».

El texto griego resulta de un brillo maravilloso, con el adjetivo colocado exactamente al comienzo del poema, como un verdadero pórtico de oro levantado para el triunfo del vencedor. ¿A dónde conduce este pórtico? Podemos imaginarlo, si pensamos en el oro de los atributos divinos, si recordamos el gesto de Atenea cuando ofrece a Belerofonte un freno de oro para domar a Pegaso (*Ol.* XIII), o el de Poseidón cuando concede a Pélope el carro de oro con el cual resultará vencedor (*Ol.* I): uno y otro gesto seguramente trascienden la simple apariencia; deben ser interpretados como el don que hace participar en la fuerza, y tal vez en la inmortalidad divina. En el primer caso, precisamente, el caballo Pegaso es de naturaleza divina, y en el segundo la intención de glorificar un héroe de su san-

gre es manifiesta en Poseidón. Nuestra conclusión está corroborada por la unión del carro de oro y de los corceles de alas infatigables, los caballos del dios de los mares.

A decir verdad, Píndaro no es el primer poeta ni el único en quien las manifestaciones luminosas y doradas acompañan y señalan la intervención de lo sagrado. Pero un pasaje como el del *Teseo* de Bacchylides, donde se describen los esplendores luminosos de la morada de las Nereidas, nos parece en verdad señalar más bien una predilección por un brillo pintoresco: «Teseo llegó al palacio de las divinidades; allí se estremeció ante el espectáculo de las ilustres hijas del próspero Nereo. Pues de sus miembros espléndidos se desprendía una luz parecida a la del fuego, mientras que en sus cabelleras se anudaban cintas tejidas de oro; alegraban su corazón componiendo danzas con sus pies húmedos» (*Dithyr.*, XVII.99/sgs.). El poeta narra en seguida cómo el héroe recibe de Amphitrite un vestido de púrpura y una corona de rosas, y parece tocado sobre todo por el brillo de la descripción. Pero si retrocedemos en el tiempo, encontramos en Homero un tono muy diferente.

La poesía homérica ofrece, en efecto, más de un pasaje característico en que la sacralidad de los temas del oro y de la luz es evidente. No es preciso recordar la abundancia de epítetos, aplicados a los dioses, formados con la raíz de *khrysós*. Pero hay, además, episodios significativos. En el canto VIII de la *Iliada*, el poeta describe a Zeus que sube a su carro con el esplendor soberano de su divinidad, y la misma descripción, con los mismos términos, se encuentra de nuevo en el canto XIII, referida a Poseidón; sólo difieren algunas palabras de enlace: «Habiendo dicho estas palabras, unce a su carro dos corceles de pies de bronce, de vuelo rápido, cuya frente lleva una cimera de oro. El dios se reviste de oro y toma en su mano un látigo de oro labrado, y luego subiendo al carro, con un golpe de látigo, incita a sus caballos»... En el canto XVIII, Hera

envía a Iris hasta Aquiles para ayudar a los griegos a recobrar el cuerpo de Patroclo. El héroe no tiene aún sus armas divinas. Pero Atenea lo cubre con la égida y lo envuelve con una gloria de oro: «sobre sus altivas espaldas, ha arrojado Atenea la égida de franjas; luego adorna la divina su frente con un nimbo de oro, mientras que hace brotar de su cuerpo una llama resplandeciente» (v.203/sgs.). Luego el poeta evoca las señales de fuego que de noche brillan en torno de una ciudad sitiada: «De ese modo desde la frente de Aquiles sube una claridad hacia el éter». Entonces Aquiles, al borde del foso, lanza por tres veces, aquel grito terrible que provoca el espanto de los troyanos: «Los aurigas pierden el ánimo al ver el fuego nítido que llamea, terrible, en la frente del magnánimo Aquiles y cuyo incendio es debido a la diosa de los ojos glaucos, Atenea». Seguramente el nimbo de luz es aquí el signo tangible de una presencia y de un auxilio divino.

En el canto XXII, Aquiles aparece otra vez transfigurado en el luminoso brillo de sus armas: «Pero he aquí que se aproxima Aquiles, semejante a Ares, guerrero del casco movedizo. Su pica de fresno del Pelión vibra en su hombro derecho, terrible, y en torno de él, resplandece el bronce, semejante al brillo del fuego que llamea o del sol que se levanta. En cuanto lo ve, el terror se apodera de Héctor». El brillo fulgurante que rodea al héroe atestigua que Aquiles, de origen divino, también está protegido, de modo visible, por los dioses. De allí el temor de Héctor, temor que en él no tiene otra explicación. En cuanto a Héctor, por lo general es descripto con rasgos simplemente humanos, y las comparaciones que suscita no evocan ninguna resonancia divina. Se puede consultar aquel pasaje del canto XV, donde el poeta lo compara con un corcel que galopa, lleno de altivez, por la llanura. Ninguna palabra introduce la presencia de lo sacro... La protección de los dioses se materializa en luz. Encontramos el mismo detalle

en los Himnos Homéricos. Así cuando Apolo, en el himno que lo celebra (v. 201 sgs.), toca la cítara en medio de los dioses: «está envuelto de luz, y brotan resplandores de sus pies y de su fina túnica».

Fuera del mundo griego, es posible remontar, si no a las fuentes perdidas en las profundidades de los siglos, por lo menos a los rastros de una sacralidad de la luz y del brillo de los metales o piedras preciosas. Los cuentos egipcios destacan con nitidez el carácter divino del oro. La serpiente que en el cuento del *Náufrago* reina en la isla misteriosa está descrita así: «sus miembros estaban laminados de oro, sus cejas eran de lapislázuli verdadero». G. Lefèbvre hace notar en su tradición que «si la serpiente de la isla tiene los miembros laminados de oro, se debe a su carácter divino», y confronta esta descripción con la de los hijos reales nacidos de Re, en uno de los *Cuentos del papiro Westcar*... Lefèbvre señala también en el Himno de *Ani a Osiris* la descripción de este dios que tiene miembros de oro, cabeza de lapislázuli, y corona de turquesa; y el dios-sol en la *Destrucción de la humanidad* está descrito del siguiente modo: «Ahora Su Majestad se había vuelto viejo; sus huesos eran de plata, su carne era de oro, su cabellera de lapislázuli verdadero».

Y en una de las descripciones llamadas de Redesyeh, el oro es llamado «la carne de los dioses». Por una consecuencia natural, los dioses de Egipto se alimentan de oro y de piedras preciosas, tal como se lee en la carta de Toth a Osiris, en el cuento de las *Aventuras de Horus y de Seth*. En este mismo cuento, habiendo absorbido Seth sin saberlo parte de la simiente de Horus, se desarrolla una extraña escena de magia: «Toth colocó su mano sobre el brazo de Seth y dijo: Sal simiente de Horus. Ésta respondió: ¿por dónde debo salir? Toth le dijo: sal por su oreja. Pero ella le dijo: ¿Acáso puedo salir por su oído, yo que soy un flúido divino? Le respondió Toth: Sal por su frente. Y ella salió en forma de un disco de oro sobre la cabeza de Seth.

Entonces Seth se disgustó mucho, mucho. Levantó su mano para asir el disco de oro, pero Toth se lo tomó y lo colocó como adorno sobre su cabeza».

Se puede confrontar este episodio con el del nacimiento de Palas Atenea. La analogía es más sorprendente aún en el relato de *Olímpica VII*, y el detalle significativo de la lluvia de oro de Zeus, que en Píndaro tiene ciertamente un valor semejante al que ha tomado en el mito de Dánae.

En un momento muy distinto, en la época de la *Epopeya de Gilgamesh*, el oro y las pedrerías tienen también un valor sagrado. Así, cuando la diosa Istar ve regresar al héroe Gilgamesh, vencedor del gigante Humbaba, se enamora de su belleza, y hace al héroe dulces promesas:

Sé mi esposo, yo quiero ser tu mujer;
Haré unir para ti un carro ornado de lapislázuli y oro,
Sus ruedas serán de oro y los cuernos de su custodia
Serán de oro y de plata mezclados.

Cuando Gilgamesh, en busca de la inmortalidad, llega a casa de Siduri, la divina «tabernera», la encuentra junto a una prensa de oro; y sabemos que cuando mató el toro celeste «la longitud de los cuernos del animal maravilló a los artesanos; formaban una masa de treinta minas de lapislázuli»...

Por su parte, la arqueología proporciona concordancias interesantes. Un artículo de H. L. Lorimer, *Oro y marfil en la mitología griega*, pasa revista entre otras cosas, a los adjetivos formados sobre *khrysó*, que emplean la lírica y la epopeya, aplicándolos a divinidades. El autor destaca que tales epítetos se refieren, por lo común, a ciertos atributos, armas, adornos, elementos del traje, etc., llevados por los diversos dioses y diosas. De aquí la confrontación que hace con la estatuaria, en particular con las estatuas criselefantinas, en las que dichos elementos están hechos de oro, mientras que el cuerpo ha sido modelado en marfil. Es lógica la idea de explicar estos epítetos

por referencia a las obras en cuestión. La confrontación posee sumo interés. Sin embargo, no deja de ser superficial, en nuestra opinión, si se pretenden explicar los epítetos de la poesía por una imitación de las particularidades plásticas. Se profundiza más el asunto, si consideramos por el contrario que ni el escultor ni el poeta se han copiado uno al otro, sino que los dos, cada uno a su manera, han expresado una misma realidad, el brillo sagrado de los atributos divinos. Por eso mismo no es preciso imaginar que cuando Píndaro escribía «Deméter la de los pies de púrpura» (*Ol.* VI.94), o «Hecate la de los pies de púrpura» (*Peán de los Abderitanos*, v.78), deseaba evocar el calzado rojo de una estatua; esos borceguíes de púrpura —poseemos algunos ejemplos claros— lo mismo que la expresión del poeta, se explican por el deseo de evocar la claridad que se difundía al paso de una diosa, la que se adelantaba en el esplendor de una gloria sagrada. Estaríamos inclinados a interpretar de este modo algunas confrontaciones que Lorimer considera someramente y que se encuentran un poco al margen de su tesis: por ejemplo, la mención de una estatuilla de bronce, del Louvre, de la época de Hammurabi, encontrada en Larsa; en ella las manos y el mentón de un suplicante están revestidos de oro. Dussaud la considera signo de una purificación material. Por el contrario, quizá es preciso ver en ello un reflejo de la presencia divina sobre el hombre en oración.

Pero es menester remontar muchísimo más atrás para comprender verdaderamente la significación de los colores luminosos y el brillo del oro. A decir verdad, hay indicios tan antiguos como la existencia de la raza humana. Es conocida la importancia considerable del empleo del ocre rojo en los ritos funerarios de la época prehistórica. Desde el paleolítico se encuentran osamentas colocadas sobre una capa de ocre rojo y espolvoreadas con este colorante. Las estatuillas y otras figuraciones humanas de esta época remota están con frecuencia cubiertas de una

capa de ese ocre, y se ha pensado que los hombres de entonces acostumbrarían a pintarse el cuerpo de rojo. Se ha observado asimismo que en algunas sepulturas el ocre rojo había sido aplicado especialmente en la cabeza del muerto, y ya conocemos la significación del cráneo humano en la religión de los primeros hombres. «Se podría escribir un tratado —observa Patte— acerca de la costumbre de colorear el cadáver o los huesos, de rojo, o de colocarlos sobre una capa de rojo, o de colocar ocre junto a él». La etnografía proporciona muchos datos que se pueden confrontar con los que acabamos de citar. Pero es más interesante, por ahora, recordar que los griegos de la época clásica colocaban sobre el cadáver, cintas de color ritual, y entre ellas cintas de color rojo.

Se discute sobre la significación del ocre rojo en la prehistoria. Para Wernert, la aplicación de la capa mineral de tierras colorantes se explicaría por sus cualidades profilácticas. La etnografía proporciona algunos ejemplos en favor de esta explicación; da testimonio asimismo, en un orden de ideas semejantes, aunque menos material, de las virtudes apotropaicas que ciertos pueblos atribuyen al color rojo respecto de los espíritus malignos; se encuentran todavía rastros de esta creencia en el folklore actual de algunas regiones. Para otros eruditos, el rito se explicaría por el color rojo de la sangre: el empleo de un colorante mineral la representaría, o más exactamente la sustituiría, con la consiguiente ventaja de conservar indefinidamente su tinte. Ahora bien; la sangre es usada por los pueblos primitivos en numerosas ceremonias, especialmente en las de iniciación. «Otros colores, escribe Patte, el blanco, el negro, tienen también su empleo en estas fiestas; los colores tienen también virtudes terapéuticas... Pero el rojo es en todas partes el color favorito de los hombres, y posee las mayores virtudes sobrenaturales». Y agrega nuestro autor: «En todas las regiones del mundo se suelen teñir los huesos de rojo y ocre, color de la sangre, del vino».

Sabemos que los griegos ofrecían a los muertos libaciones de leche, miel y vino; y debe recordarse que Aquiles luego de los funerales de Patroclo extingue la hoguera con vino, y no con agua (*Iliada*, XXIII,250).

La etnografía proporciona también testimonios de otro orden. Al citar prácticas análogas observadas en tribus de Australia del Sur, Patte señala que el rito parece denotar aquí otra significación: «Los muertos son frotados con ocre rojo, igual que los adolescentes en la iniciación, simplemente para asimilarlos al dios-sol, rojo brillante, hacia el cual se encaminan los muertos». Sabemos, en efecto, que el iniciado, para identificarse con el sol, se embadurna la cabeza de rojo y en un verdadero «drama iniciático» sufre con el dios una muerte y una resurrección simbólicas. Por su parte, los naturales de la isla Banks, para hacer brillar de nuevo el sol, cuya desaparición temen, cubren de arcilla roja un megalito. Por otro lado, conviene señalar que el vínculo entre el color rojo y la sangre, por una parte, y entre el rojo y el sol, por otra, parece superponerse en algunos casos importantes, y hasta confundirse. Desde este punto de vista es instructivo evocar las religiones de las antiguas civilizaciones de América del Sur, particularmente las de los aztecas y de los incas. «Los mejicanos —dice M. Eliade— aseguraban la perennidad del sol sacrificándole prisioneros, cuya sangre estaba destinada a renovar las energías agotadas del astro». Soustelle, por su parte, observa que los primeros sacrificios destinados a nutrir el sol, fueron hechos, según la mitología mejicana, por los dioses mismos. Cada cincuenta y dos años la inmolación de un prisionero abría la ceremonia del «fuego nuevo», encendido en una colina, mediante un palo que giraba sobre un tabla. La relación entre la sangre y la luz —relación fundada evidentemente en el color— se da también en otros pueblos. Estos ritos y leyendas pertenecen a religiones muy alejadas, en el espacio y en el tiempo, de la Grecia clásica. No por ello

dejan de ser instructivos, por su referencia evidente a un fondo humano común... Es indudable que colores luminosos diferentes han sido confundidos con frecuencia en un tipo común de brillo, según se destaca en comprobaciones de detalle hechas en diversos lugares. Sólo indicaremos uno o dos ejemplos típicos. Si por lo general el color rojo va asociado al sol, otras veces es el color blanco. En numerosos pueblos, el color blanco sirve también para poner en relación con el espíritu de los antepasados; es conocida la significación que tiene en las iniciaciones tribales. J. Harrison, en su obra *Themis*, y H. Jeanmaire en su obra *Kuroi y Kuretes*, han despertado la atención de los helenistas sobre este asunto. Jeanmaire, sobre todo, que ha multiplicado las confrontaciones, ha subrayado con fuerza la importancia del yeso y del color blanco en las ceremonias iniciáticas, sobre todo en los ritos de la adolescencia.

Es casi seguro, en efecto, que en esto la noción dominante es la de brillo, y no la de color. Entre los incas, pueblo consagrado al culto solar, domina también la noción de brillo, simbolizada por el oro profusamente esparcido en el templo del dios. Es conocido el famoso «Coriancha», el templo del sol completamente cubierto por placas de oro, donde podían verse las momias de los reyes, sentadas en tronos de oro. «Sobre una terraza se extendía el jardín del sol, donde según los cronistas, plantas, hierbas, flores, animales eran de oro en honor del sol» (Cf. J. Soustelle, *La religión de los Incas*, París, 1948). En ocasión de la fiesta del dios, sus adeptos bebían un brebaje ritual en una copa de oro, ofrecida luego al dios. De esta manera, la asociación del color rojo y de la sangre, de la luz solar y del oro aparece con mayor nitidez y seguridad, al mismo tiempo que se nos presenta como uno de los fundamentos de la afectividad humana. En cuanto al simbolismo estricto del sol representado por el oro, se pierde en la noche de los tiempos, y en el estado actual de

nuestros conocimientos; es menester remontar hasta la edad de bronce para encontrar los primeros rastros de tal significación: un modelo de carro cultural, de bronce, hallado en Trundholm, atestigua que se colocaba sobre el carro, cuyo movimiento figuraba la ruta del sol, un disco de bronce cubierto, en una de sus caras, con una lámina de oro brillante. Asistimos aquí, en una edad muy remota, al nacimiento del símbolo, cuyo sentido y cuya fuerza nacen de la imagen, en el ansia experimentada por el hombre de poseer una reproducción lo más exacta posible, o sea, de la mayor eficacia mágica. Posteriormente, el símbolo se irá destacando de la representación puramente material, sin perder jamás, sin embargo, el contacto con ella, pues de otro modo cesaría de existir.

La noción de brillo, como se ve, es la que domina. Podemos tener una prueba complementaria, si consideramos, no ya los cultos solares, sino los cultos propiamente uránicos. No es preciso insistir, por suficientemente conocido, en el valor filológico común de las tres grandes divinidades indoeuropeas, Dyaus, Zeus y Júpiter. Debemos sin embargo recordar las palabras empleadas para designar la divinidad por los sumerios y acadios: los dos fonemas *dingir* y *ellu*, respectivamente, tienen la misma significación primera de claro y brillante, y el ideograma con el que los pueblos de la Mesopotamia significaban a la vez el cielo y la divinidad representa una estrella. Los pueblos del Asia Central en el curso de su historia, han empleado constantemente expresiones de un valor aproximado: unos llaman al dios del cielo «el Khan muy luminoso» o «la bondadosa luz dorada de lo alto», o lo califican de «grande, luminoso y sabio»; otros consideran que «el padre» habita el séptimo cielo, sentado sobre un trono de mármol blanco; otros, en fin, llaman a su morada «el palacio resplandeciente de oro y de plata», o «el palacio con una puerta de oro y un trono de oro». Estamos cerca de Píndaro y de sus palacios celestes.

Pero antes de retornar al poeta podemos completar esta ruta instructiva con un escritor griego un tanto posterior, Heródoto. Al describir el emplazamiento de Ecbatana, el historiador enumera las siete murallas sucesivas con sus troneras pintadas de blanco, negro, púrpura; luego azul y rojo anaranjado; la penúltima tiene troneras de color plateado, y la última, en fin, troneras de color dorado (*Heródoto*, I.98). De cinco colores propiamente dichos, encontramos el blanco, el púrpura y el anaranjado, y lo que resulta más característico es que el simbolismo de Ecbatana culmina con los dos metales luminosos, la plata y el oro: el conjunto representa los cielos planetarios. Muchos siglos después, Orígenes reproduce una indicación de Celso relativa a los misterios de Mithra: intervenía aquí una escala desiete gradas de metal correspondiente a los planetas; la sexta era de plata y correspondía a la luna, la séptima era de oro y correspondía al sol. ¿Se trata de una mera coincidencia con las indicaciones similares que encontramos en el escoliasta de la *Isthmica* V?

Tratando de explicar la innovación a Theia, nuestro comentarista declara que a cada divinidad le corresponde una materia o más exactamente un metal: a la luna la plata, y al sol el oro. Si confrontamos este pasaje de Píndaro con otro igualmente magnífico y más célebre aún —el comienzo de la *Olimpica* I— observaremos que por una notable coincidencia, la evocación del oro anuncia la del sol. Hemos aquí otra vez en Píndaro, luego de un itinerario prolongado. No resulta excesivo pensar que la mención del oro tiene para el poeta un valor místico...

Estudiemos más detenidamente la invocación a Theia. En Hesíodo (*Teogonía*, 135) ella es hermana y esposa del Titán Hyperión, y madre del Sol: «Madre del sol, Theia, la de múltiples nombres, gracias a ti piensan los hombres que la gran fuerza del oro sobrepasa todas las cosas» (*Isth.* V.1-3). Todos los comentaristas no consiguen esclarecer las dudas que surgen en la exégesis de estos pocos

versos y de los que siguen inmediatamente. Antiguos y modernos han visto con frecuencia en Theia una personificación de la vista. Pero a decir verdad, no vemos cómo pueda quedar explicado con ello el texto, y en este punto compartimos las reservas de Wilamowitz. ¿Acaso debemos pensar con éste que Píndaro personifica en cierto modo la potencia iluminadora y vivificante que anima todo lo que ve? En todo caso admitimos que Wilamowitz tiene razón al señalar una confrontación con el valor del oro en la antigua poesía germánica, especialmente en el brillo y en su poder sobre el espíritu de los primitivos. Pero desearíamos ceñir más el asunto y preguntarnos por qué los hombres, según Píndaro, han atribuido al oro una potencia excepcional. Nos parece que sus versos nos dan la respuesta: porque los hombres encuentran en el oro el reflejo deslumbrador del sol y de la luz; en honor de ésta se da aquella estimación, en honor de la diosa madre del sol ponen por encima de todos los bienes la potencia del oro. Si gracias a Theia podemos admirar el combate de los navíos en el mar —se interpreta el texto como una alusión a Salamina— y la carrera de los carros en la arena, no es porque al darnos la vista nos permite gozar de estos admirables espectáculos, sino más bien porque a la idea de luz se asocia la de gloria, por la cual luchan los hombres. Por lo demás, a semejanza de la luz, la gloria es al mismo tiempo un principio de vida, de esta vida que difunde el sol, considerado como una gran divinidad fecundante.

Tal vez una confrontación con algunos cultos orientales nos permita comprender las asociaciones pindáricas. Pensamos, en efecto, que Píndaro lo mismo que Hesíodo, conocía las fuentes literarias y religiosas de las civilizaciones del Cercano Oriente. Sabemos, en efecto, que desde la época protohitita, encabeza el panteón la diosa-sol de Arinna, que los hurritas identificaban con la diosa Hebat, esposa de Teshub, dios de las tormentas. Su hijo es el

dios-sol, calificado de «sol del cielo»; poco a poco alcanzará éste el primer puesto y tomará el carácter de justiciero, pues es el que ve todo. No sería excesivo buscar en esta diosa el modelo, quizá lejano, pero verosímil, de la Theia que invoca Píndaro, y cuyo carácter de gran divinidad es evidente. ¿Podríamos, acaso, establecer alguna relación entre esta Theia «de múltiples nombres» y aquella otra diosa de Esquilo, Themis o Gaia, forma única bajo diversos nombres, que fué madre del Titán Prometeo? (*Prometeo*, 210).

De cualquier modo, nos parece que no se puede discutir la función de Theia en la atribución de las coronas de gloria a los vencedores, tal como lo precisa la continuación del poema: «Bajo tu protección obtiene la gloria deseada aquél que ve su frente victoriosa adornada por toda clase de coronas... Sólo hay dos bienes que en la opulencia floreciente hacen crecer el gozo más precioso de la vida, el triunfo y la gloria que lo proclama». ¿Significa esto que la gloria es unión de la diosa, o la insistencia del poeta indica que se trata de una cierta forma de gloria, que sólo ella puede otorgar? Nos inclinaremos más bien por esta última hipótesis, pero creemos que es preciso buscar un intermediario en la idea del brillo solar. Theia hace resplandecer al vencedor con el brillo de la gloria, a la vista de todos, en la guerra o en la competición panhelénica.

En la literatura griega, podemos encontrar otra concordancia reveladora. Cuando en *Fedro*, Platón intenta describir la idea de lo Bello, observamos que establece un vínculo estrecho entre las dos nociones de Luz y de Belleza. Las demás esencias, tales como la Justicia o la Templanza, no son perceptibles a nuestras miradas, pues sus imágenes de aquí abajo no emiten ninguna claridad (*phéggos*). Pero la Belleza, dice Sócrates, luego de la celeste procesión, resultaba esplendorosa a la vista, con el brillo de una suprema claridad, pues sólo ella posee el privilegio de una irradiación luminosa. La contemplación de las esen-

cias, calificada con términos propios de la iniciación en los misterios, se nos otorga en el seno de una luz pura. Esta concepción de lo bello como esencia de una naturaleza luminosa ha dado lugar a confrontaciones con la significación de la luz y del fuego en ciertas religiones de Asia. «El tema del fuego, escribe Schuhl, se introduce con brillo, desde el fin del libro VI de la *República*, en la analogía que establece entre el Bien y el mundo inteligible la misma relación que entre el sol y el mundo sensible; reaparece asimismo en el fuego que ilumina la gruta, o en el sol que enciegece al prisionero liberado».

Estamos lejos de conocer las fuentes de los grandes mitos platónicos. Sin embargo sabemos lo suficiente como para hacer confrontaciones precisas de ciertos detalles y algunas obras célebres de la poesía anterior al filósofo. En algunos casos se trata de un aprovechamiento directo. Pero por lo general nos encontramos con elementos comunes de un fondo lejano... En este dominio, las analogías con Píndaro son sorprendentes. Releamos por ejemplo el mito de Er el Pamfiliano, o el mito escatológico del *Fedón*. En el primero (*Rep.* 614a/sgs.) vemos que las almas son juzgadas en un lugar donde se advierte una luz que venida de lo alto se extiende atravesando todo el cielo, derecha como una columna y semejante al arco iris, más brillante sin embargo y más pura. «Esta luz, explica el narrador, era un lazo que encadenaba el cielo, y del cual estaba suspendido el huso de la necesidad. Este huso estaba hecho de ocho vértebras, insertadas unas en otras, y dejando ver por su parte superior los bordes. El círculo mayor era constelado, el séptimo el más brillante, el octavo recibía su color del séptimo que lo iluminaba, el segundo y el quinto tenían casi el mismo color, un color más amarillo que los precedentes, el tercero era el más blanco de todos, el cuarto

rojizo, mientras que el sexto era el segundo por su blancura». Platón sólo hace intervenir, como Píndaro, los colores más luminosos del arco iris. Seguramente tenían para él un valor sagrado: destacaban el aspecto divino de este eje del mundo descrito por Er.

El mito de *Fedón* (110b/sgs.) nos lleva con mayor nitidez aún, a comprobaciones análogas. Platón describe en él la verdadera tierra, cuya imagen difusa y sin belleza es nuestra tierra. Esta tierra verdadera está dividida como un globo en doce zonas coloreadas, cuyos matices son infinitamente más brillantes y más puros que los de nuestros pintores. Aparecen entre ellos la púrpura, el oro y el color blanco. Estamos pues frente al mismo registro de Píndaro. Sigue una descripción de las plantas y de las piedras que se ven en esta tierra ideal, notables las últimas por su transparencia y por sus colores más esplendorosos que los de las nuestras. Esta tierra además está adornada de oro y de plata, y en ella todo es luminoso; su contemplación está destinada naturalmente a los bienaventurados. Desde luego, podemos retener de este pasaje el vínculo, al menos implícitamente establecido, entre luz y belleza. Pero preferimos subrayar el aspecto simbólico que en Platón toman los colores rutilantes y dorados con el fin de designar las realidades de otro mundo; para traducir lo inefable el filósofo tiene necesidad de recurrir a ciertas convenciones de orden esotérico. Es significativo que ellas estén tomadas del mismo fondo ancestral que las del poeta. La confrontación esclarece a la vez las concepciones y las fuentes de inspiración de uno y de otro.

Al lado de este carácter luminoso tan importante, es indudable que Píndaro atribuye al oro otra forma de sacralidad, debida a su naturaleza incorruptible. Cuando el poeta en la *Phytica* IV (v.231) habla del «vellocino

rutilante de franjas de oro», tenemos la impresión de que no se trata de una simple connotación descriptiva, por alto que sea su valor poético. La impresión se confirma, cuando observamos que el vellocino es llamado en el verso precedente el «manto indestructible». Estamos en presencia de una divina incorruptibilidad.

Si en los casos mencionados más arriba, a partir de asociaciones luminosas, hemos podido inferir el carácter sacro del oro, podemos decir ahora que este carácter se mantiene en ciertos casos, aun con exclusión de toda referencia luminosa. Una prueba de ello es el epíteto «la de diadema de oro», aplicado a la Parca Láquesis, sin ninguna evocación luminosa. Sin embargo en los casos en que el valor luminoso parece estar en primer plano, conviene quizá introducir alguna limitación, sobre todo cuando Píndaro califica en términos magníficos «la luna vespéral, la luna del carro de oro», que en «medio del mes había hecho resplandecer su ojo lleno»; un término que designara una luz argentada sería aquí más exacto; pero no olvidemos que el poeta de la *Iliada* había hablado del arco de plata de Apolo, y Píndaro, de las «musas argentadas». En estas fórmulas, donde lo que interesa es el brillo y no el color, ¿no se da una equivalencia entre los rayos de plata y los rayos de oro? Estas comprobaciones nos hacen remontar una vez más a un fondo muy anterior a Píndaro. Nuestro poeta ha recibido de sus predecesores y seguramente también de las tradiciones rituales la variedad de atributos innumerables, expresados por epítetos deslumbrantes, compuestos en honor de los dioses. De las mismas fuentes ha recibido, transmitida de edad en edad, la concepción del valor divino de la luz y del carácter sacro del oro. Una multitud de leyendas en que el oro, por ser incorruptible, es a la vez símbolo y prenda de inmortalidad, atestiguan ese carácter. En el propio Píndaro hay una valiosa confirmación en el

frag. 222 de los *Ádela*, donde nos dice que el oro es el hijo de Zeus, pues no lo carcome ni herrumbre ni gusano. ¿Da el poeta a la expresión «hijo de Zeus» un valor abstracto, pretendiendo sólo afirmar de este modo la divinidad del oro, o hay en este pasaje un intento de integrar una sustancia, sagrada y de carácter impersonal, en las genealogías antropomórficas? Resulta muy difícil decidir la cuestión. Sin embargo un punto queda establecido: la nítida afirmación sobre la divinidad del oro, a causa de su incorruptibilidad. Ya no está aquí en primer plano el brillo luminoso, sino una suerte de energía imperecedera...

Es interesante observar cómo se opera la síntesis. Hemos advertido en Píndaro y en las tradiciones mencionadas, señales indudables de una sacralidad de la luz y del oro. Éste es concebido como materia incorruptible y como lugar o fuente de un brillo divino. Podemos ahora tratar de explicar sobre estas bases ciertas expresiones oscuras. En varias ocasiones, Píndaro celebra la «fronda de oro» del olivo o del laurel, lo que resulta bastante sorprendente en primera instancia. Generalmente se explican las expresiones «corona de dorado olivo» (*Ol. XI. 13*), o «las frondas doradas de los olivos olímpicos» (*Nem. I. 17*), o «las coronas de oro» de la *Ol. VIII. 1*, en el sentido de «preciosas como el oro», o con el sentido vago de «doradas». ¿No es más satisfactorio pensar que se trata de una fronda divina, de reflejos luminosos, prenda de inmortalidad? Lo mismo pasa con el «laurel de oro» (*Pyth. X. 40*), patrimonio de los hiperbóreos, el más feliz y el más dichoso de los pueblos. Precisamente el poeta subraya que esta estirpe está exenta de enfermedades y de vejez (v. 41-2) ... A sus servidores fieles, Apolo en prenda de su protección, les ha otorgado la fronda del laurel de oro, que los protege contra las fuerzas destructoras...

Si retornamos ahora al punto de partida, a la luz de estas consideraciones, nos resultará muy natural el empleo del epíteto «de oro», y de sus compuestos, aplicados a los nombres de divinidades, por ejemplo, a las Nereidas, o a las Musas. No habremos de asombrarnos, si el Zeus de Píndaro reina sobre nubes de oro (*Peán* VI, v.92), o si para raptarla envuelve a la ninfa Egina con una nube dorada, o que en ocasión del nacimiento de Palas, Zeus haga caer una lluvia de oro sobre la isla de Rodas. Ninguno de estos rasgos es invención del poeta. Los ha tomado de fondos místicos ancestrales, donde encontramos aquellos maravillosos animales, el carnero del vellocino de oro, o la cierva de cuernos de oro (*Cl.* III.29).

Sería muy poca cosa encontrar sólo, en la frecuencia de los temas del oro y del brillo luminoso, la prueba del carácter visual en la imaginación de Píndaro. Hay en estas imágenes el punto final de toda una tradición de orden religioso, por encima de nuestro poeta, que nos hace remontar a una época remotísima... Al examinar los textos de Píndaro, se adquiere en seguida la convicción de que las imágenes de luz tienen para él un valor místico; que el brillo del oro, en particular, asociado o no al tema de los cabellos rubios, en relación o no con la blancura y la pureza, vinculado o no con los colores de la serie amarilla y roja, revela la presencia de personalidades divinas, ya sean antropomórficas, ya sean de elementos impersonales de carácter sagrado. Esta impresión se confirma cuando se toma conciencia del paralelismo, o de la mezcla íntima de estas diversas categorías de temas poéticos, cuya unidad profunda se destaca nítidamente. Pero la sacralidad del oro es debida no sólo a su brillo, o trasciende más bien la noción de brillo. En relación con la sangre, líquido de vida, el oro y la luz han sido considerados por pueblos que no tenían nada

de primitivos, vehículos y fuentes de la vida. De allí el empleo de ciertos epítetos «de oro» para traducir la naturaleza divina de ciertos seres, o la potencia de vida que reside en algunas plantas perennes, en ciertos follajes inalterables, con los que se entretajan precisamente las coronas triunfales.

JACQUELINE DUCHEMIN.

Pindare, poète et prophète.

París. Les Belles Lettres. 1955.

Traducción de CARLOS A. DISANDBO. En algunos pasajes el traductor abrevió ligeramente el texto.

Sarmiento, el libro y la biblioteca

De muchos personajes de nuestra historia podría hacerse una paciente biografía sin emplear la palabra *libro* una sola vez. De Sarmiento no. Su vida está ligada a los libros desde la infancia hasta los últimos instantes en que tuvo aliento. Los leyó, los escribió, los comentó, los difundió, con fervor y con pasión, como todo lo que hizo en su trayectoria vital y provechosa, para su Patria y para América, para lo mejor de su Patria y para lo mejor de su América.

Itinerario. — Nació al nacer la nacionalidad y creció cuando la anarquía se extendía por la tierra nativa. Sus primeras lecturas, de librotos que el padre creía ingenuamente harían de él un hombre instruído, las hizo en medio del ruido que despedía el entrechocar de sables y el tamborilear de los cascos de las partidas que asolaban la fragosa tierra nativa. Tiempos de héroes, de mártires, de amarguras, de destrucción y de esperanzas. Sarmiento, el progenitor, soñador de la gloria, quiso ser de los primeros, pero el heroísmo mayor no estaba, entonces como siempre, en arriesgar la vida. La heroína fué la madre, que cargó con la responsabilidad del hogar y salió airoosamente de la prueba, simple y humildemente, con sólo no dar descanso al telar puesto bajo la higuera. Así pudo enviar los hijos a la escuela y el varón compensar sus desvelos y satisfacer las esperanzas paternas llegando a ser el *primer ciudadano* entre los párvulos que aprendían en el aula a mal deletrear sus nombres. Se unió en el título la ciudadanía con el saber y esto pudo ser anunciación y símbolo para un destino. Sin embargo, el primer

ciudadano no logró puesto en el flamante colegio de Rivadavia y lo escolar se cortó allí mismo, en el solar nativo, donde no tardaría mucho el jovencito Sarmiento en apoderarse de la mucha o poca sabiduría que atesoraban sus maestros. Aprendería más en la vida y en los libros y sería así todo un *self made man*. Su admiración por este tipo humano nacería, pues, de la propia experiencia. De conseguir la beca para estudiar en Buenos Aires, ¿habría sido el mismo Sarmiento que conocemos el que estuviera en las páginas de la historia? Tratar de establecerlo sería especulación bizantina, pero lo cierto es que tal como está plantado en nuestro pasado y en nuestro presente —por que del pasado y del presente es el personaje— lo queremos.

Pronto, amigo y compañero del tío sacerdote, con él anduvo de discípulo y a su lado se transformó en maestro precoz, en balbuceo magisteril y con alumnos que le duplicaban la talla y la edad. Volvió luego a enfrascarse en lecturas que halló entre géneros que debía vender y aquí, en la humilde tienda de otra parienta, conoció a través del impreso, la vida de grandes hombres del pasado. Fuera de los muros de adobes, otra era la vida y otros los personajes. Con los ojos de la imaginación veía a Franklin, su gran descubrimiento, y con los del cuerpo los llaneros de Facundo sembrando el espanto. Terminante en las definiciones hizo ya, sin concretarla todavía, la de la civilización y la barbarie. Para que triunfara la primera había de combatir a la segunda, pero las armas tendrían que ser otras que el facón y el método distinto al del degüello. Más sangre no terminaría con la sangre y la extirpación del mal había de lograrse eliminando el alimento de sus raíces, la ignorancia. Alfabetizar era lo previo y lo fundamental, porque el trabajo tenía que hacerse mirando al futuro. En este caso concreto, enseñando a leer a los hijos de los montoneros. Sarmiento adquirió la certeza de que la escuela y el libro terminarían con la anarquía. En

luchar por una para destruir la otra estuvo su vocación y su decisión consciente. Cumplir esa vocación y poner en práctica tal decisión le obligó a entregarse a la brega contra caudillos y dictadores. No le faltaba temple y le sobraba voluntad y un primer exilio fué la consecuencia de empezar a poner en práctica sus principios. Le sirvió para fortalecerse, porque tras la Cordillera anduvo tres años en oficio de minero y dependiente y en los mismos tres años aprendiendo un poco más cada día, haciendo de su propio maestro con ayuda de los libros. Con gramáticas y diccionarios había dominado ya, bien o mal, un idioma —el francés— y con los mismos elementos salió adelante, aunque no en la fonética, con el inglés.

El regreso a la tierra cuyana se produjo pero no podía ser más que un breve intervalo. Le vino bien para poner en práctica sus propósitos de educador y de periodista. Para eso fundó una escuela de niñas y editó *El Zonda*. Con ambas creaciones quedó fijado definitivamente su destino. Se plegó a la pléyade de la Joven Generación Argentina, conquistado por Quiroga Rosas, en cuya biblioteca abrevaría su sed de saber. Pero esto también tenía que durar poco, desde que en la vida diaria triunfaba la violencia y los caudillos se multiplicaban, sujetos a los hilos que desde Buenos Aires movía la mano hábil del caudillo máximo. Fué mera casualidad tal vez o simplemente porque el finterillo no mereciera su atención, que a la cabeza del sanjuanino no se le pusiera precio, aunque algunos hubieran gozado con degollarlo. Les birló ese placer cruzando de nuevo los Andes y en una de sus rocas, recuerdo de frescas lecturas, escribió la frase que estamparía más tarde en la portada de su libro más famoso: *¡Las ideas no se degüellan!*

En Chile se siente ya como en una segunda patria y, por la nativa, lucha desde allí tenazmente. Su temperamento y su pasión lo arrastran y como si chileno fuera se mueve y actúa. Dirige escuelas, se mete de lleno en

el periodismo y su pluma lo destaca ya como escritor total. Empieza en esos días su acción en pro de las bibliotecas públicas, pero su seguro rumbo en esta actividad lo tomará en el viaje que realiza a Europa y los Estados Unidos, viaje fructífero para nuestra cultura como no habrá otro seguramente en toda la historia argentina. Con decir que si el resultado no se concretara sino en las crónicas siempre frescas, documentadas, plenas de ideas, ricas en sugerencias, preñadas de enseñanzas, sabrosas, ingenuas a veces, apasionadas siempre, que se anudaron en el libro de *Viajes*. Ese su peregrinar por fuera de la América Hispana sería por sí solo digno de permanente recordación y pesaría en el haber de nuestro acervo intelectual, ejemplo de crónica viajera que desborda los límites en que se mueven holgadamente la mayoría de los viajeros escritores.

En los Estados Unidos, Sarmiento estudió el movimiento educacional que formaba hombres tales como los que poblaban esa Nación, emprendedores, industrioses, optimistas, creadores de riqueza. Y contempló, asombrado, el impulso que allí se le daba a la biblioteca pública, cuyo contraste con los adormecidos repositorios de libros no dejaría de destacar a cada paso. La encontró en el momento que daba trancos de gigante hacia la realidad que es en el presente. Su dinamismo lo dejó maravillado, como la actualización de su caudal bibliográfico, sus métodos expansivos, sus afanes de llevar el impreso a todas partes. Con las escuelas, las bibliotecas estadounidenses hicieron que el estadista, en esos momentos, cambiara el punto de referencia para enfocar los problemas argentinos. Ya no miraría a Europa sino a la misma América, bien que no a la del Sur, para orientar su tarea de constructor.

Caseros trajo a Sarmiento a su Patria por poco tiempo, y otra vez hubo de volver a Chile. Pero era el argentino mejor entrenado para la labor que el destino le reser-

vaba. De los expatriados, los más se habían dedicado a las armas, a preparar la caída de la tiranía. Otros escribieron. Él hizo todo eso y mucho más. En este mucho más estaba la tarea propia del hombre de gobierno, del gobierno de la educación. En la nueva etapa argentina, él no necesitaría tantear ni hacer a ciegas, porque tenía hecha la práctica y la experiencia acumulada era valiosa. La vuelta definitiva a la Patria lo demostró. Jefe del departamento de escuelas, concejal, senador o gobernador de San Juan, sabía lo que tenía que hacer y lo hacía, desde cualquier puesto y con igual pasión.

Volvió luego a los Estados Unidos, raro embajador que desde allí se ocupaba de orientar al propio país. *Ambas Américas* lo documenta ampliamente.

Desembarcó de vuelta, elegido presidente de la República. Otro era ahora el escenario y el país vivía el momento de las plenas realizaciones en el campo educativo. El planteo del problema escuela-biblioteca se hizo claro en la mente sarmientina. Las escuelas exigen bibliotecas y las bibliotecas escuelas, dijo. También, que nada se aprende sino leyendo, y que en el aula lo único que se proporciona son las llaves del conocimiento: si no se aplican en la utilización de los textos, de nada servirán. Además, si se enseña a leer hay que dar qué leer. Se hizo entonces un interrogante: *Las escuelas educan a los niños, ¿quién educa a los adultos?* En tales enunciados y en tal pregunta puede establecerse claramente la definición de la biblioteca pública a través de Sarmiento, que es sin duda la verdadera. La biblioteca pública —él quiso llamarla popular, con más precisión tal vez, pues la una no es exactamente la otra— ha de trabajar paralelamente y en unión con la escuela, aunque nunca dijo que fuera para proporcionar los textos de estudio. Natural es que cada una tenga su función y en cuanto a la de la biblioteca se prolongaría a zonas no alcanzadas por la escuela, en la educación de los adultos y en el ininterrumpido enriqueci-

miento del ciudadano en cuanto ser pensante, capaz de asimilar conocimientos.

Para esa labor Sarmiento tuvo un compañero de excepción, de distinto carácter y de distinta sensibilidad tal vez, pero igualmente apasionado, que fué su ministro, don Nicolás Avellaneda. Lleva la firma de ambos la Ley 419, de fomento de las bibliotecas populares, promulgada el 23 de setiembre de 1870 y que, en esencia, significa llevar la ayuda del Estado a los vecinos que se dispongan a sostener una biblioteca para uso público, duplicando los fondos que éstos pongan para la adquisición de libros. A su conjuro fueron surgiendo bibliotecas en distintas zonas y el informe de la Comisión Protectora, creada por la ley, documenta que ya en 1874 existían 146 bibliotecas en 129 pueblos distintos. En ese informe se habla de lectores y de oyentes, porque se puso en práctica que un vecino capaz de hacerlo, leyera en el local de la biblioteca, para que escucharan los analfabetos.

Se hicieron burlas a propósito de la ley y del afán presidencial de difundir las bibliotecas en tierras incultas, que es precisamente donde más falta hacen, y se corrió la broma de que los bibliotecarios utilizaban el papel de los libros que se enviaban desde la Capital para armar sus cigarros. La semilla no se perdió sin embargo y si un ejemplo elocuente quisiéramos dar, bastaría el de Leopoldo Lugones, quien escribió la biografía del prócer, a lo grande, y en ella una página de emoción a propósito de esos libros echados a voleo:

«En 1882 vivía con mis padres en el Ojo de Agua, villorrio casi fronterizo, entonces, de Santiago del Estero. La escuela local conservaba restos de una de aquellas bibliotecas: los consabidos tomos en tela verde, con el escudo argentino, dorado sobre la cubierta. Prestóme cierta vez el maestro uno de esos libros: *Las metamorfosis de los insectos*. Aquello fué la primera luz de mi espíritu, la sugerencia de la honda fuente que venía a revelarme el

amor de la naturaleza por medio de la contemplación científica. Y yo sé que esto ha constituido la determinación profunda de mi vida intelectual. Mi predilección por las ciencias naturales que contribuí a instituir como fundamento de la enseñanza, débolas a ese estudio infantil. De ahí partieron mis observaciones sobre el nido sepulcral del necróforo, el panal de la avispa airada, la coraza azul del escarabajo que conforme al símbolo de los antiguos panteones, tiene como el mundo una bóveda cerúlea sobre su vientre negro. Así llegué a comprender la vida del agua ante cuyo cristal tiembla la libélula como una brújula loca. Y la industria de la hormiga acérrima, y la ocupación del abejorro que lleva los mensajes de las flores atareado como un cartero rural.

«Durante la noche, mientras andaba sumisa y hábil la costura materna, el padre leía otro libro de la descaballada biblioteca: *La Jerusalem Libertada* del insigne Torcuato. Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavoroso dibujo. Así conocí la poesía y vino a mi alma la Italia melodiosa, en aquella aldea serrana, bajo el silencio fecundo de la noche campestre, junto a los pequeños Ramón y Santiago que dormían en sus cunas, rubio el uno como un pollito, morenillo el otro como un perdigón»¹.

El libro-herramienta. — Sarmiento no tuvo el mito del libro por el libro mismo y pueden leerse con detenimiento las muchas páginas que escribió sin encontrar una frase que nos hable del deleite que pudo sentir acariciándolo. Detestó los libros viejos y no creyó en los de valor permanente. Nada más lejos de la idea que sobre lo mismo tiene un filósofo apasionado. Dijo una vez:

1. Lugones, Leopoldo, *Historia de Sarmiento*. Buenos Aires, Comisión Argentina de Fomento Interamericano, 1945, p. 186.

«...No hay libros de mérito perdurable. Los libros pasan con las ideas que contienen. Todas nuestras ideas recibidas, aun la manera de apreciar los hechos son ciertas mientras otro nuevo criterio no demuestra su error. Leeremos por tanto eternamente sin satisfacer la innata curiosidad del espíritu»².

En verdad que representa muy bien el siglo del positivismo, la centuria que puso toda su fe en el progreso. Fué constructor y consideró al libro como una herramienta más para construir. En realidad, para levantar a los pueblos. El estudio permite al hombre saber y el saber tiene que concretarse en aumento del bienestar. Un pequeño párrafo suyo parece querer darle al libro otra función, pero lo inspira tan sólo el ansia de difundirlo:

«El libro en la habitación doméstica es una esponja que embebe los momentos perdidos; echado como por accidente sobre una mesa, es otras veces antídoto contra el fastidio, y cerca de la cama un narcótico o un estimulante contra el sueño».

El valor esencial del libro, para él, se asienta en que sirve para instruir, para enseñar:

«Quien dice instrucción dice libros. Sólo los pueblos salvajes se transmiten su historia y sus conocimientos, costumbres y preocupaciones por la palabra de los ancianos. El cristianismo tiene por base las Escrituras...

2. *Bibliotecas populares*, de *La educación común*, 15 de julio de 1877. En: Páginas selectas de Sarmiento sobre bibliotecas populares, recopiladas por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Buenos Aires, 1939, p. 16. El autor del presente trabajo, que con anterioridad a la aparición de la recopilación citada precedentemente hubo de emplear largas horas en la búsqueda de páginas sarmientinas sobre bibliotecas y libros, en los millares que integran las *Obras de Sarmiento*, prefiere citar los textos directamente de esta antología, cuyo manejo resultará cómodo para quienes deseen beber en la propia fuente el pensamiento que quiere sintetizarse en estas breves cuartillas, cosa que el autor les recomienda y ha de serles de sumo provecho.

Nuestra civilización cristiana es, pues, esencialmente escrita: el libro es su base y mal cristiano será siempre el que no sepa leer».

Le aterra no encontrar libros en español sobre ciencias, de difusión de conocimientos, que enseñen a cultivar inteligentemente, que fomenten el trabajo de la granja, que actualicen el conocimiento de la técnica e impulsen las industrias. De ahí sus andanadas verbales contra España, de ahí su tajante respuesta a Ventura de la Vega, cuando éste se quejaba de que en América estaban cambiando el puro idioma castellano. «Total, si lo que hay que hacer es traducir de otras lenguas —afirmó—, tanto da que se haga al español como al hispanoamericano». No hay libros en español, decía, y recordaba al viajero inglés que fué en busca de ellos a una librería, en Montevideo, y encontró nada más que doce volúmenes... con listas de los prohibidos. No se lee para deleite sino para aprender:

«Leer es saber. En los colegios se aprende a leer con fruto de los libros de ciencia. De ahí procede que hay tantos doctores ignorantes. Es que no han hecho uso de la preparación que recibieron.

«La escuela misma es inútil, si no se proporcionan libros a sus alumnos, para que apliquen el arte adquirido».

En otros idiomas anduvo en busca de libros útiles y bregó largos años para que se tradujeran al nuestro y se editaran por los gobiernos, desde que difícilmente se había de encontrar quien, por espíritu de lucro, lo hiciera. El consumo, en países donde la ignorancia de la lectura y la falta de hábito de leer, por la minoría capaz de hacerlo, era lo general. Ya en Chile propició entendimientos interamericanos para imprimir libros y su última misión internacional la cumplió precisamente ante el gobierno del país trasandino para lograr la firma de un convenio de esa naturaleza. Series de obras de cultura general que circulaban en diversos idiomas a millares no habían llegado aquí, a la América Española, donde cuarenta millo-

nes de habitantes no eran capaces de adquirir tres mil ejemplares de una de esas obras, lo que le apenaba y lo sulfuraba.

El hábito de la lectura. — Enseñar a leer era inoperante casi, si el alfabetizado no practicaba la habilidad adquirida. Ese hábito había que inculcarlo ya en la escuela, lo que no cuesta mucho desde que el niño se aficiona fácilmente a la lectura, conquistado por relatos veraces o fantásticos. Descubrió Sarmiento por sí mismo lo que es ahora elemental conocimiento de maestros y bibliotecarios:

«Por lo general, los niños aman la lectura, o adquieren fácilmente la afición a ella; atrae victoriosamente su atención inconstante, y la imaginación ansiosa de vida crea con el cuadro descrito sus risueños paisajes pintorescos, y trae las escenas del drama, deslumbrantes, aterradoras, tristes o alegres, al mundo palpitante de la emoción».

Pero el educador estaba siempre presente y, aunque tantas veces diría que lo esencial es que el hombre lea, sin hacer mayores reparos a la calidad de la lectura, tratándose de párvulos exige algo más, lo necesario para que le dejen una enseñanza y lo conduzcan por la buena senda:

«No pensamos como Mme. Guizot. Creemos que a pesar de la movilidad de impresiones característica en los niños, las malas lecturas son peligrosas. Tiempo tienen de dudar, de burlarse y de odiar. Entre tanto desarrollemos en ellos la fe que consuela, no demos aliento y vigor al espíritu de crítica que en los niños no analiza ni raciocina, sino que hace tabla rasa de lo malo y de lo bueno, inspirémosles la benevolencia que allana el camino propio y el de los demás.

«Para todo ello, evitémosles las lecturas peligrosas, que ellos se evitarán las insípidas».

Su admiración por el género novelesco nacía como agradecimiento a los famosos autores de argumentos que conquistaban, de libros de aventuras cautivantes para el común de las gentes. Alguna vez destacaría el valor humano de las novelas y la esencia novelesca de los más grandes

libros que son patrimonio de la humanidad (a los que él mismo escribió puede aplicársele, tanto es lo que de novela tiene, literariamente, su producción, el *Facundo* en primer término), pero lo fundamental para los propósitos del sembrador y del civilizador es que enseñan a leer, que hacen el libro familiar al hombre:

«La novela viene en pos, si no precede al diario, Soulié, Dumas, Balzac, Feval, han estado enseñando a leer a la América del Sud, que para leer sus novelas se ha convertido en una vasta escuela. Dios se lo tenga en cuenta, mal que les pese a los moralistas, que no saben qué pero ponerles aun a las buenas novelas. Yo absuelvo de toda culpa hasta a las malas, tan útiles y serviciales al cultivo de la inteligencia han sido todas ellas, a falta de mejor que no proveen los que tan mal hablan de la pera.

«He residido en país de 180 mil almas en que mujer alguna leía en un año una hoja de papel. Ésta era la América de entonces y Dios y yo sabemos hasta dónde ha dejado de serlo, pues nadie se ocupa de estas cosas, aunque de otras más científicas se ocupe. La novela induce a leer, por lo mismo que excita una grande curiosidad. Aprender a leer, se ha visto ya, es obra larga, penosa. Por no mascar las palabras, por ahorrarse la mortificación que cuesta seguir el sentido, mientras la vista lucha por abarcarlas, millares no leen más bien. Sólo la novela ayuda a vencer esta dificultad y la vence...»

Lo esencial es crear el hábito de leer y ese hábito debe fomentarse. No se logrará empeñándose en que se adquiera con lecturas sesudas, con los textos clásicos ni con los que contienen profundas páginas de filosofía. «Al niño grande no se le puede obligar a leer», decía, y si no puede obligársele, bueno será procurar que lo haga por cuenta propia, por natural inclinación, echándole como carnada lo fácil y agradable, lo que esté a su alcance y lo deleite. Luego, naturalmente, llegará lo otro, porque el lector se

va superando constantemente. Refleja en esta página la teoría spenceriana del progreso:

«Para los que no leen es de desear que se forme el hábito de leer, y la costumbre de leer es más indispensable que la materia de la lectura, porque es indispensable y previo requisito; y para formar la costumbre se ha de proporcionar lecturas fáciles que es leer lo que gusta y —estímulo a leer— que después de adquirirla, vendrá lo que requiera mayor contracción y esfuerzo... Si no fuera así, no sería el leer una práctica eminentemente útil. Se comienza por adquirir el hábito de leer, y una vez que se ha fortificado, está averiguado, como un hecho constante, que el lector solicita lectura más sustancial. No se cita caso alguno en que el lector que comienza con profunda filosofía, pura religión y útil instrucción, se pervierta después hasta buscar lecturas insignificantes, pero la experiencia de libreros y bibliotecarios es unánime en certificar que los que principiaron por novelas frívolas o historietas semanales, acaban siempre por reclamar historias más sustanciales; después verdaderas narraciones o viajes de aventuras, de biografía o historia, y más tarde ensayos sobre ciencias popularizadas, y así en adelante».

Concepto de la biblioteca para el pueblo. — Terminante en el juicio, como siempre, Sarmiento discutió con Juan María Gutiérrez a propósito de los libros que deben integrar el caudal de una biblioteca pública. La crítica sarmientina nació cuando el eminente polígrafo publicó su respuesta al presidente de la Biblioteca Pública de San Juan, sobre los libros más convenientes para integrar su colección. En el fondo, Sarmiento, con otra experiencia y con otro reflexionar, con otros objetivos en cuanto a la labor de la biblioteca también, tenía razón, pero lo importante en este episodio es que dos temperamentos tan opuestos no podían entenderse y que no andaba tan descaminado

el rector de la Universidad en sus ideas sobre qué libros deben primar. Sarmiento publicó su réplica, violenta, en *Ambas Américas* y la tituló nada menos que *El enemigo en campaña*. Lo acusó de inquisidor y hasta se burló de la opinión de Gutiérrez sobre la presentación de los libros. Éste había escrito: «Es preciso que el libro de la Biblioteca popular sea bueno por dentro y bello por las tapas, para que comience por herir agradablemente los sentidos y tiente a su lectura». Nadie, ahora, objetaría su criterio, porque bien se sabe que la tentación nace precisamente en el aspecto físico del libro y que conviene cultivar la sensibilidad y el gusto por lo bello al par que el goce de la lectura.

La lucha por la biblioteca para el pueblo llevó a Sarmiento a menospreciar la importancia de las grandes bibliotecas nacionales y hacer befa de las privadas. Mucho escribió sobre el cementerio de libros que vió en El Escorial y a la Biblioteca Nacional francesa, repositorio magnífico, opuso el dinamismo y las estadísticas de lectores de la de Boston o cualquiera otra de los Estados Unidos. No había incomprensión, veía la urgencia de alfabetizar, de cultivar a la masa y no la necesidad de atender eruditos o investigadores, de los que muy pocos había en estos lugares.

Sobre nuestra Biblioteca Nacional vertió juicios lapidarios en la conferencia que con el título de *Lectura sobre bibliotecas populares*, ofreció en 1883 en la Biblioteca Popular del Municipio, conferencia que ofrece aún hoy un venero magnífico de ideas, de sugerencias, de pensamientos plenamente aprovechables y hasta de elementales tareas de rutina en la vida bibliotecaria. La Biblioteca Nacional tenía muchos libros viejos y escaso número de lectores, mientras la modesta casa donde él estaba hablando ofrecía cifras que acusaban otro aprovechamiento, el préstamo a domicilio, fundamental y esencial en una biblioteca moderna, y el calor de pueblo que la concurren-

cia de gente acusaba. Sarmiento no quiere bibliotecas-archivos, que así califica a las de tipo nacional, sino bibliotecas pequeñas pero activas. Frente a los grandes depósitos centrales, que todos los habitantes de un país sostienen y pocos aprovechan, deben colocarse bibliotecas de barrio, al alcance de todos los vecinos. Y ofrece cifras estadísticas, de la institución que lo albergaba en ese momento, de algunas europeas y de las norteamericanas, que le encantan porque demuestran que los libros están cumpliendo su misión educadora. Indudablemente, no tuvo en cuenta la función específica que cada una debe cumplir, naturalmente, desde que sus propósitos no eran los de formar una *élite* intelectual sino la de difundir la cultura en la masa del pueblo, que es su obsesión. Recuerda a Franklin como fundador de la «biblioteca de sociedad» y asienta:

«He aquí el gran colegio, la grande Universidad de Franklin, los libros, y puesto que se escriben él escribirá a su vez y será diarista, cientista, embajador, impresor, congresal, como son ahora la gran mayoría de los yanquis, que prueban de todo hasta inventar máquinas, como la de coser o la de tejer de Lowell, porque de algún modo ha de poder imitarse el movimiento de la aguja...»

En esencia, la biblioteca y el libro para formar el *self made man*.

La relación entre la biblioteca pública y la escuela fué bien vista por el tenaz educador. Acción paralela, pero cada una con su función específica, cada una en su esfera de acción y con su propia clientela que servir. Como siempre, las ideas que vierte son actuales y contribuyen sin duda a precisar una doctrina bibliotecaria:

«La escuela es sin duda un primer paso para la posterior instrucción de los que a ella concurren; pero la escuela no contiene en sí la instrucción misma, y aun aquellos rudimentos que proporciona, son sólo simiente sembrada para otra generación y otra época. No así la biblio-

teca; ella encierra o podrá encerrar en sus estantes un prontuario de todos los datos, nociones y conocimientos que forman el caudal de las ideas de nuestra época. La biblioteca popular no pide, como la escuela, condiciones de sexo, edad, ubicación, y hasta de situación social, para derramar sus tesoros, que estarán al alcance de quienes soliciten participar de ellos.

«... Todos los que han adquirido el arte de leer, que habitan el suelo, han de tener fácil acceso a estas fuentes de los necesarios conocimientos; y como el hombre está ligado a la habitación, la familia y la propiedad, a puntos circunscriptos del territorio, allí debe tener los medios de curar la original ignorancia, en la época de la vida y en las horas del día en que le sea posible hacerlo. Sin eso, el que haya nacido en Curacaví o Chacabuco, tendrá por siglos motivo de ser algo menos que irracional sin otra razón que haber allí nacido».

La edición de un libro de Vicente Quesada, director de la Biblioteca Nacional, a raíz del viaje que realizara para estudiar instituciones similares en el viejo y el nuevo mundo, ya le había dado ocasión para manifestar ideas similares y provocó una agria polémica entre ambos. El criterio de Quesada sobre el préstamo de los libros, que no quería se hiciera a domicilio, fué combatido reciamente por el cuyano. Como en casos análogos, no podía haber entendimiento desde que cada uno observaba distintos objetivos y tenía en cuenta diferentes grupos humanos a quienes había de llevarse el beneficio de los libros.

Está, pues, contra «los grandes depósitos de libros que han venido acumulando los siglos en Europa, depósitos que están bien allí, porque en Europa hay siglos detrás, y vendrían mal en Buenos Aires, porque no tenemos siglos sino delante».

Hasta por la ventaja económica que representan quiere él las bibliotecas populares y el argumento que esgrime es sólido, de doctrina cooperativa diríamos:

«Una cuestión de economía ha sugerido las bibliotecas populares, las bibliotecas ambulantes. Un individuo de moderados recursos y de instrucción común, no puede, sin recargo de gastos personales, proveerse de cuantos libros interesa leer. Una vez leídos no sabe qué hacerse con adquisición que de ordinario ha dejado de serle útil, como son los libros que no son profesionales.

«En una ciudad de provincia, una biblioteca común, proveería de lectura a cada aficionado con sólo el interés del capital que cada uno consagraría a proveerse de libros para su uso particular.

«Equivaldría este acto a suscribirse cien lectores a un solo ejemplar de un libro, o bien, siendo mil o más las obras que contiene la Biblioteca modesta, todos estarían suscritos por cierta suma para leer todos los libros sin necesidad de comprarlos, como en realidad nos suscribimos a mantener una compañía de ópera pagando la entrada, sin necesidad de costear la empresa».

Se ocupó mucho de la selección de obras para una biblioteca dirigida al grueso de la población. Vió perfectamente que la eficiencia exigible debía partir de eso precisamente, de poner al alcance del posible y deseable lector el libro que le será verdaderamente útil:

«Las bibliotecas populares han de componerse de libros especialmente calculados para su objeto, que es transmitir los conocimientos comunes bajo formas agradables, o al menos de libros al alcance del mayor número. No hay error que en la práctica pueda ser más funesto, que la pretensión de tomar los libros a la ventura, hacinarlos en un retrete y dar por fundada con esto una biblioteca. Nadie solicitará esos libros, porque pocos hallarán en ellos ni novedad ni aplicación a las necesidades de su espíritu. Muchos siglos ha que los libros abundan y las bibliotecas nacionales no escasean en país alguno; pero la idea de las populares es de reciente data, no existen sino en ciertos

países, y sus libros han sido en gran parte escritos especialmente para ellas».

Sarmiento, realista extremado, hasta llegó a tener un sueño o imaginó un enorme edificio donde cantidad de niñas se dedican afanosamente a empaquetar volúmenes que quince o veinte carros esperan en la puerta para llevarlos, como el pan cotidiano, al propio domicilio de los lectores.

El civilizador. — La América en que vivió Sarmiento era una tierra de analfabetos, aunque hubiera sobre su suelo abogados y poetas. Lo primero en la acción, según él vió el problema, había de ser transformar culturalmente ese mundo del que la anarquía y el caudillismo se enseñoreaban. Seguramente que sus párrafos dedicados a La Rioja podrían reflejar la situación de cien lugares y mostrar su mira de sociólogo:

«En esta provincia de pastores dispersos en campos áridos, no hay mil personas que sepan leer, no hay escuelas, no hay libros. En cambio, hubo un Facundo, un Brihuega, un Chacho, y hay un Varela, todos salvajes, rudos, tahures unos, borrachos otros, ignorantes todos, que acaudillan a aquellos pastores y los conducen a destruir la propiedad de los pueblos vecinos, y en treinta años de invasiones lo han conseguido con toda clase de pretextos. Esa era la cuestión de bibliotecas y escuelas para San Juan».

El infatigable luchador no eligió a tientas el camino que había de hacerse para llevar adelante su Patria. La escuela y el libro eran fundamentales herramientas para transformar el panorama social, pero la faena era compleja y todo, salvo la instrucción que no podía importarse sino en semilla para que aquí fructificase, según él lo asentaba, debía traerse de fuera: sabios, ferrocarriles, telégrafos. Había que plantar árboles, hacer cultivos científicos y criar gusanos de seda. Ni soñador ni demagogo. Sarmiento fué estadista y más que estadista civilizador. En esencia, la incansable y tenaz brega suya lo fué para civilizar y tanto como ese afán de sembrar libros a boleo

lo demuestra la frase famosa: *¡Alambren, no sean bárbaros!*

Hemos de reconocer que nuestra América ha andado mucho desde los tiempos en que la conoció y la sufrió el viejo luchador, pero no ha sido tanto como lo que debió andar. Ahora, como siempre, tiene hombres de extraordinaria sustancia humana, escritores magníficos y poetas excelsos. Algunos de éstos hasta a gobernantes llegan, pero gobiernan sobre una masa que es iletrada en su mayor parte y aun sobre sectores de la sociedad que ni conciencia tienen de que están mal y podrían estar mejor. Con poco que se haya caminado a lo largo y a lo ancho de ella, el viajero inquieto lo observa. El problema, esencialmente, puede ser idéntico y la solución también la misma: alfabetizar, como lo quería Sarmiento. El porcentaje de niños latinoamericanos sin escuela está entre el 21 % y el 78 % y los analfabetos de quince años o más entre el 16 % y el 72 %. Para educar a esa masa se necesitan no menos de quinientos mil maestros³.

El panorama es dramático. El insigne sanjuanino nos dejó escrito que un pueblo de analfabetos elegirá siempre a Rosas, y esto tiene que ser una advertencia permanente para gobernantes, estadistas y educadores. La tarea, tenaz, debe hacerse a lo hondo y para el futuro, como él la realizó.

GERMÁN GARCÍA.

3. Gray, William S., *La enseñanza de la lectura y la escritura; un estudio internacional*. París, Unesco, Monografías sobre la educación fundamental, 1957. La cita se toma de la "Presentación de la edición española", de Ismael Rodríguez Bou, p. 10.

Vida intelectual del adolescente

Bajo el amplio y confuso concepto de vida intelectual se reconocen pluralidad de funciones que hacen a la adquisición, conservación y elaboración de los contenidos registrados por la activa dirección psíquica hacia el mundo. Los exámenes de nivel mental han demostrado el crecimiento de las capacidades y factores mentales y sus variaciones según la edad. El cociente intelectual ha crecido con los años, pero se han diferenciado los rendimientos así como la riqueza perceptiva. En este sentido siguen teniendo validez clásica las experiencias que efectuaron Mercante y sus colaboradores sobre el particular. Lo más señalable en este orden de asuntos es la importancia del eidetismo y de las sinestesias o sinopsias en la adolescencia. Flournoy, Lemaître y Mercante han propuesto diversas experiencias cuyos resultados permiten reconocer formas sinestésicas simples o complejas en un 36 % de los explorados entre 11 - 20 años, especialmente en las mujeres; así como anticipar las modalidades patológicas de estos fenómenos —cuya validez en la literatura contemporánea es obvia desde el simbolismo— que por su estructura son índice de futuras anomalías psíquicas.

El desarrollo de la atención y la memoria de los adolescentes está claramente condicionada por sus procesos y técnicas de escolarización infantil. Por estos años posee mayor capacidad para concentrar su conciencia sobre ciertos estímulos en relación a las conocidas leyes que la regulan, haciéndose más intensa, estable y disciplinada, con mayor contralor para la dispersión sobre varios objetivos y agilidad para desplazarse sobre ellos. Si la memoria ha sido ejercitada en su dimensión mecánica, el

adolescente abordará con dificultad la denominada psicológica, que requiere la comprensión más que el hábito. Su desenvolvimiento es una exigencia del aula, no siempre satisfecha correctamente. En los años de adolescencia crecen las capacidades de fijación y evocación mnemónica a la vez que el recuerdo en asociación con los cuadros sociales. Las observaciones de Bourdon mantienen validez relativa en cuanto al desarrollo de la memoria: entre 8 - 13 años hay un rápido desenvolvimiento que disminuye entre los 13 - 15 para crecer progresiva y lentamente desde los 16. La decadencia mencionada no debe confundirse con la hipoamnesia de la pubertad que tiene carácter anómalo y se vincula a condiciones irregulares de vida o estudio.

Las exploraciones analíticas del tipo de las mencionadas han acreditado las distinciones mínimas y propias por desarrollo entre los años de la niñez y los de adolescencia. El análisis factorial señala también el incremento del factor *g* (inteligencia general de Spearman) hasta los 16 - 18 años y su detenimiento en tanto aumentan las aptitudes especiales. En cambio, las investigaciones cualitativas se interesan por reconocer las dimensiones y dirección de la vida intelectual apuntando como caracteres de este tiempo la actitud razonadora y el espíritu ensoñador. Aunque estas condiciones han sido distinguidas principalmente en los adolescentes que estudian, en menor grado fueron apreciadas en otros tipos de jóvenes por lo que se les puede considerar como un carácter común al estar sus manifestaciones correlacionadas con el ámbito social de que se forma parte y los hábitos que cada uno de ellos crea en sus integrantes.

Mendousse nos informa de cómo los adolescentes que han captado la relación entre los juicios y razonamientos, se complacen en jugar con ellos, en moverse en la dialéctica de los pro - contra; no tanto por el anhelo de poseer la verdad sino por el placer derivado del razona-

miento mismo, del descubrimiento de las conexiones lógicas. El repetir, ignorándolo, los esquemas platónicos en el diálogo cotidiano es una límpida aventura intelectual de los jóvenes. El ejercicio hasta se constituye en manía. Las ideas resultan más interesantes por sí mismas que por las realidades a que se refieren. En muchos adolescentes hay una actitud que gnoseológicamente podría calificarse de pseudorracionalista por su confianza en el pensamiento capaz de ser o crear la realidad, a la vez que ese vaivén intelectualista transita del todo-nada por su absolutismo sin matices. Los foros juveniles y las polémicas, que serían el escenario propio para estas justas que le vienen de su propia idiosincrasia, no son utilizados con su beneficio educativo y orientador en nuestro medio escolar.

En la adolescencia hay como una elevación de las fórmulas y las palabras sobre los contenidos. El signo toma un poder mágico superior a las cosas y hay afán por las formas verbales. Este interés por las palabras se transparenta en sus neologismos, sus colecciones de términos y su uso por la altisonancia o sonoridad petulante de los mismos, su frecuentación del diccionario. Este comportamiento se afirma en los adolescentes aficionados a la lectura y con marcados intereses intelectuales, en que prontamente se organiza una mentalidad libresca —favorecida por la estructura didáctica— donde el respeto por la letra impresa los lleva a interponer los textos entre su pensamiento espontáneo, que termina por estereotiparse, y la realidad fluyente. Es común reconocer esquemas librescos —fomentados por la educación que quiebra fuerzas en su origen— en los ejercicios literarios que producen. Estos adolescentes poseen ambición intelectual y complacencia narcisista; en ellos predomina una suerte de idealismo verbal. Encerrados en su intimidad hasta ser huraños o desconfiados, el mundo es la representación que de él se forman. O sea —acotamos con Mendousse—

tienen la tendencia a vivir y actuar como si las operaciones discursivas fuesen capaces de crear la verdad sin reconocer la necesidad de verificar su acierto y fecundidad por la experiencia. El niño había dispersado su alma entre las cosas; estos adolescentes hipertrofiados intelectualmente se recogen en su subjetividad en que la fantasía cumple importante papel.

El ensueño de los jóvenes es también una dimensión íntima. En ella reconocemos la exigencia de afirmación del Yo y la acción creativa de la imaginación, capacitada para dar vida a un orden ficticio con significación para el mundo interior. Imitación e imaginación jugaron principal papel en la dinámica de la conducta infantil y, especialmente, en sus procedimientos lúdicos. Pero en la adolescencia le cabe papel más hondo porque la fantasía participa en la tarea idealizadora y autoformadora y le enriquece su orbe subjetivo. En algunos adolescentes, la imaginación toma cuerpo sobre la realidad y caen en una separación del mundo experimental concreto, sentido como hostil; y el orden ficticio donde resultan dueños y pueden existir sin peligros por la neutralización fantasmagórica cumplida como defensa y refugio. Si la distinción es extrema y el encuentro de ambas líneas no se alcanza, se pone en situación de crisis el desarrollo normal de la personalidad.

Esta potencia de imaginación es la fuente de las operaciones creadoras y combinatorias de los adolescentes. Aunque la distinción no sea precisa y correcta, siempre se ha distinguido entre imaginación práctica y estética, según se orienten a la verdad y la utilidad técnica o a la belleza. En puridad, resultan direcciones propedéuticas porque lo conquistado por estos ejercicios es rudimentario o reproductivo. Pese a que la mayor atención de las exploraciones se haya dirigido a la segunda, todos los estudiosos han comprobado las manifestaciones y creaciones en imágenes científicas y técnicas en los adolescentes cuyo me-

canismo es similar al estético aunque modificado por los contenidos a elaborar y propósitos a alcanzar. Más aún, se ha producido un desplazamiento de intereses —en razón de la estructura industrial de la comunidad— que lleva a los adolescentes a frecuentar los campos de la fantasía científica en grado relativamente superior a los años anteriores en que el predominio estético era aborrecible.

Esta forma imaginativa —que reconoce claros antecedentes en la infancia— «consiste en la representación subjetiva de las cosas y se dirige especialmente hacia el afecto que los objetos producen o que los sentimientos proyectan sobre ellas» (Senet). Su coincidencia con los caracteres generales de la adolescencia es acentuado, y se la vive ligeramente como receptor y raramente como elaborador. Solamente por excepción, el arte, la filosofía y la ciencia son experimentados por el adolescente con arreglo a la función que les corresponde. Por eso, la producción que el adolescente ofrezca en cualquiera de esos órdenes se debe apreciar desde un punto de vista psicocomprensivo y no crítico, reconociendo el sentimiento animador intelectualizado y no la calidad y esfuerzo en los medios expresivos.

La ensoñación y fantasía del adolescente es pre-estética (término menos duro que «pseudoesstética», quizá más apropiado). Su sentimiento animador por la vibración e inquietud interior y lírica, lo acerca a la belleza pero no alcanza a superar su Yo en objetivaciones artísticas. Por el ejercicio ensoñativo en planos de creación, los adolescentes liberan caudal de fantasía y cooperan a su formación, de igual manera que en los trances contemplativos. Uno de los objetos más frecuentes de atención y motivo estético, es la naturaleza. Los viejos cuestionarios de Stanley Hall y los movimientos de la juventud europeos, la mostraron propicia a ser tema ensoñativo, a ser escenario de la deambulacion fantasiosa y román-

tica, a ser interpretada como la libertad frente a la rutina urbana. Muchos adolescentes han vivido peculiares pan-teísmos: el adolescente se une al paisaje, lo anima con sus sentimientos y reconoce en aquél un alma similar. A mediados del siglo XIX una vasta temática literaria explotó estos rasgos que se reconocieron posteriormente en los jóvenes para quienes la naturaleza ejerce una triple influencia afectiva, moral e intelectual como estimuladora de la imaginación.

El arte más accesible y frecuentado por los adolescentes es la literatura, aun en los que no comercian con las dimensiones estéticas. Las letras son su expresión inmediata (diarios, cartas, colecciones de pensamientos o poemas, etc.) y el alimento imaginativo más común. La afición por la lectura tiene grados que van desde el casi desinterés hasta los desbordes de Rousseau, Sarmiento, Walter Scott, etc. Las crisis de lecturas múltiples y desordenadas sobre todos los temas como afán cognoscitivo y visión estética se encuentran generalmente entre los 15-18 años en relación con los antecedentes familiares y escolares. Leer significa para el adolescente un camino de evasión, un aprendizaje, un enriquecimiento de experiencias, respuestas a sus afanes cognoscitivos y elementos para la ensoñación. De los beneficios provienen también sus riesgos, ya que los libros y revistas —en mayor número éstas porque los adolescentes se interesan más por ellas— colaboran a las deformaciones personales y pueden desencadenar u originar crisis graves en ciertos jóvenes. Por otra parte la necesidad de guías de lectura se hace imprescindible, habida cuenta de la variación de los intereses que se satisfacen por los textos de acuerdo a las edades y los sexos.

La discriminación de los intereses juveniles a través de las preferencias de las lecturas, ilustran también en la apreciación general de sus orientaciones en todos los campos. Los adolescentes cambian sus juegos, ocupaciones, di-